

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

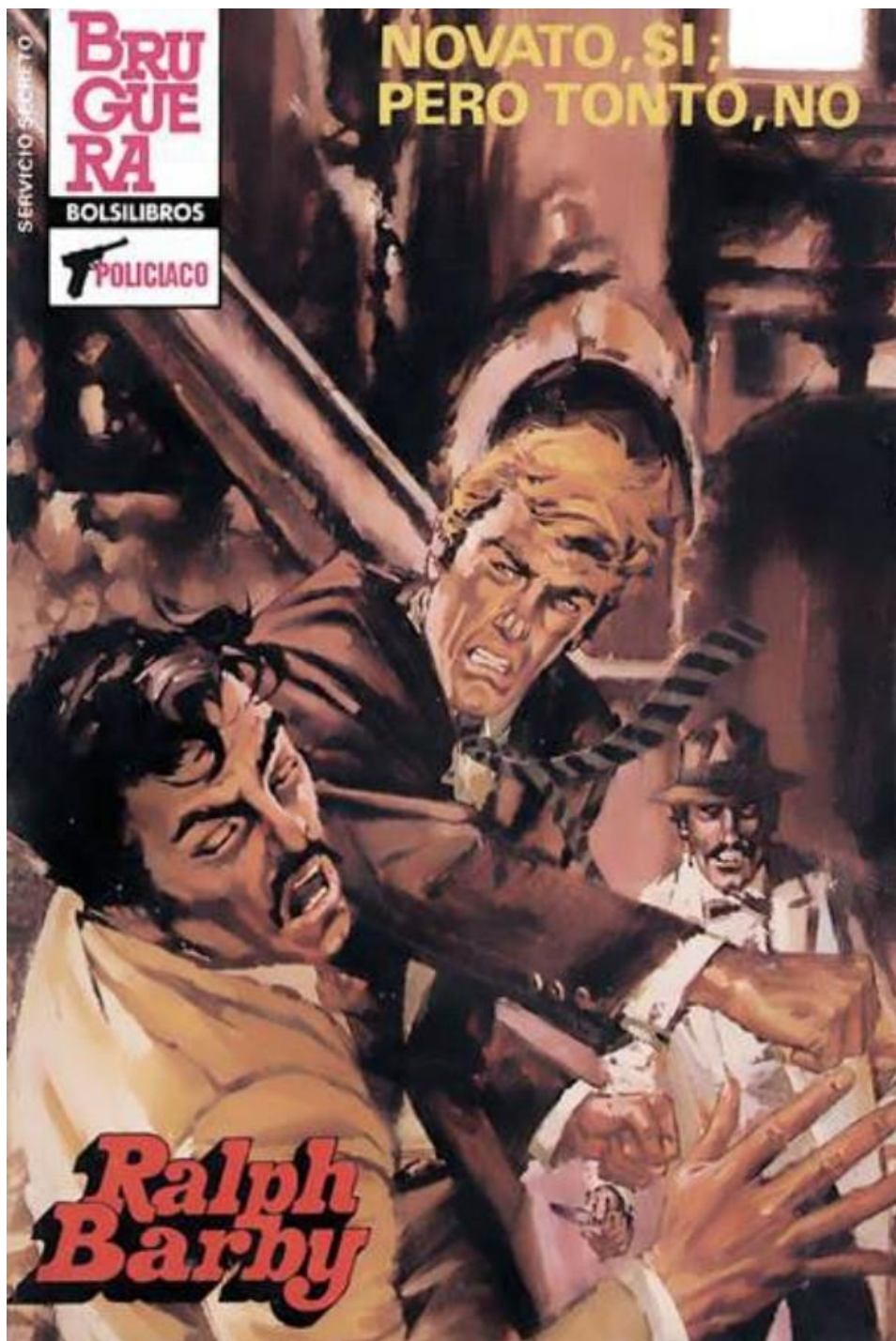
BOLSILIBROS



POLICIACO

**NOVATO, SÍ;
PERO TONTO, NO**

**Ralph
Barby**



NOVATO, SI; PERO TONTO, NO

SS Nº 1771

Autor: Ralph Barby

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LA mujer avanzaba con pasos cortos pero rápidos. Sus tacones iban marcando un ritmo que atraía las miradas de los hombres que podían oírlos.

Se detuvo frente a uno de los vagones del tren Cisalpino que estaba a punto de partir de la estación central de Milán.

Un funcionario la saludó servicial. Aquella mujer no sólo era elegante y hermosa, sino que también resultaba muy atractiva.

Tras ella iban dos mozos con carritos transportando sus maletas. Ella sólo llevaba un bolso de mano y a «Feo», su perrito, un extraño cruce de pequinés y caniche «toy». El animalito hacía honor a su nombre y lo que sí era evidente es que no se iban a encontrar muchos iguales.

—*Signorina*, sígame, por favor —pidió el ferroviario.

En aquel instante, la joven casi tropezó con un hombre que salía del vagón, un tipo alto y delgado, de cabello castaño y también algo rojizo como el de ella, pero liso. Aquel hombre no era italiano, la mujer lo adivinó enseguida.

—*Please*, disculpe, por favor.

El inglés se hizo a un lado. La mujer sonrió, aceptando la disculpa, y se internó en el vagón. El tropiezo había sido leve. Ella había tenido tiempo de notar el olor a hierbas de una excelente loción *after-shave* y él, a su vez, había notado un fresco perfume silvestre, imposible de definir como proveniente de una sola planta.

Los ojos de ambos se encontraron.

Ian McLaren tuvo que admitir que aquel rostro de mujer era el más hermoso que había visto en su vida. De piel clara y bien

cuidada, labios algo grandes, sensuales, nariz justa y grandes ojos color almendra.

—¿Tengo tiempo para ir a comprar tabaco? —preguntó Ian McLaren al vigilante del vagón.

—No, o quizás sí, si se da mucha prisa, faltan cuatro minutos.

Ian McLaren vio avanzar rápidos a un grupo de varios hombres. Uno de ellos, vestido de militar, ostentaba la graduación de general. En su pecho lucía tres pasadores con distintivos de condecoraciones.

El general usaba gafas sin color. Su rostro era duro y no parecía fácil que aquel hombre dejara que se le acercase nadie. Tras él, cuatro hombres vestidos de civil y llevando portafolios, no cedían ni un centímetro de la distancia que les separaba del general. Seguían a estos cuatro hombres, dos militares más, sendos sargentos portando metralletas colgadas del hombro.

A poca distancia, Ian McLaren descubrió a un par de fotógrafos de prensa, se notaba que lo eran. De pronto, aparecieron unos policías, los rodearon y les hicieron retroceder mientras ellos protestaban, protestas que quedaron disueltas en el fuerte rumor de la estación central.

Por el servicio de megafonía, una voz femenina advertía de la inminente salida del tren Cisalpino destino París.

Vio subir a los militares en el vagón siguiente. Las puertas quedaron cerradas y en aquel vagón no entró nadie más.

—No me arriesgo a perder el tren —dijo Ian McLaren al funcionario del ferrocarril.

—Mejor así, *ignore*.

—El siguiente vagón está lleno de peces gordos —dijo, como un comentario hecho al aire.

—Es un vagón especial, no puede entrar nadie, ni nosotros. Hay militares dentro desde que se ha formado el tren. Menos mal que es el último vagón.

—¿No hay ningún otro vagón detrás?

—Sólo dos furgones de carga.

—Para llevar un vagón para él solo, debe ser importante.

—Sí, lo es.

—¿Y por qué no viaja en avión?

—Debe tener miedo a volar. Si pasaran más veces por televisión las grandes catástrofes aéreas, el ferrocarril tendría más pasajeros y

el gobierno no se quejaría tanto de que es deficitario.

El largo y moderno convoy lanzó su bronco pitido. La fuerza de sus motores diesel, ya en marcha pero al ralenti, pasó a los ejes de las ruedas. Comenzó a avanzar lentamente, pero su velocidad aumentó con rapidez.

No tardaron en perder de vista la industrial ciudad.

La bellísima mujer, de unos veintitantos años, se había encerrado en su departamento.

Cuando llevaban ya dos horas en marcha, Ian McLaren vio que un camarero llevaba una bandeja con bebidas y unos emparedados al compartimiento de la joven.

Él se sentía más a gusto caminando por el largo pasillo que se prolongaba entre las puertas de los departamentos de primera especial y las ventanas del propio vagón que permitían contemplar el paisaje. Se hizo de noche y no tardarían en cruzar la frontera.

Un hombre de aspecto serio, fuerte y bien trajeado y que a Ian McLaren le pareció uno de los guardaespaldas del general, se acercó a la puerta del departamento de la joven y bella italiana y golpeó de forma que parecía una contraseña.

El enviado del general descubrió que Ian McLaren le miraba desde la punta opuesta del pasillo, pero al observar que el inglés volvía la cabeza, no le dio mayor importancia.

—¿Sí? — preguntó ella.

«Guau, guau», ladró el perrito, mostrando unos pequeños pero afiladísimos dientes. Aquel hombre no parecía haberle caído simpático.

—El general Caballeri la espera. Será mejor que no lleve al perrito.

—«Feo», te estarás quieto aquí —ordenó al animal, mitad blanco mitad marrón rojizo.

El hocico le había quedado chato, de pequinés, y el pelaje era rizado como el de un caniche.

El pequeño can gruñó molesto, pero la joven le puso sobre el asiento unas galletas que debían gustarle mucho y lo dejó allí, encerrado. Luego, siguió al guardaespaldas del general.

Maritza Bianca cruzó el vagón siguiente. Allí había dos hombres armados, impidiendo que nadie más pudiera penetrar en aquel vagón.

Condujeron a Maritza Bianca hasta un departamento que tenía una sola puerta y cuyo interior correspondía al espacio de dos compartimientos. Allí estaba el general Caballeri con dos de sus hombres, repasando documentos.

—Ah, querida, qué placer volver a verte —saludó el militar, brillándole los ojos tras las gafas que a los reflejos de la luz espejeaban.

Bastó una indicación de la mano del general para que sus ayudantes recogieran los papeles de la mesa y abandonaran el departamento, dejándoles solos. El tren viajaba rápido a través de tierras italianas. Apenas si se notaban las vibraciones en el comfortable tren Cisalpino.

—General, ya ve que he tomado el tren.

—No esperaba menos de ti, Maritza.

—No entiendo. ¿Por qué viajar en tren habiendo rápidos aviones?

—Para todo hay motivos, querida, pero no querrás que te los explique —le dijo sonriente, mostrándole unos dientes bien cuidados.

El general Caballeri no era un hombre joven, tendría cincuenta años, quizás unos pocos más y parecía muy seguro de sí.

—Es usted un canalla, general —dijo ella, acercándose a la ventana y mirando hacia el exterior, pero era una noche sin luna.

El cielo, limpio de nubes, estaba plagado de estrellas. Sólo podían ver la luz de alguna casa lejana o las luces de una estación ferroviaria perteneciente a una pequeña localidad frente a la que pasaban a gran velocidad, produciendo un estruendo ensordecedor.

Maritza corrió las cortinas de una de las ventanas que tenía aquel departamento doble.

—He oído comentar que tiene miedo al avión. —se rio abiertamente, había mucho de burla y deseos de herir en su carcajada—. Un militar, todo un general, y tiene miedo al avión.

—Eso son hablaturías de mis enemigos. Prefiero viajar en tren cuando el tiempo me lo permite, porque así puedo aprovechar para trabajar con mis hombres y recibir a mujeres hermosas. Mañana estaré en París y luego en Bruselas, perfectamente descansado y listo para cuanto haya que hacer en el cuartel general.

Maritza ya había borrado la risa de su boca. Se puso seria y

preguntó:

—¿Por qué no me deja tranquila, general?

—¿Tranquila? Soy un militar.

Fue hasta un armarito que era un frigorífico disimulado, lo abrió y de él sacó una botella de champaña y dos copas. Mientras descorchaba la botella, siguió hablando.

—Los militares tenemos mucho de cazadores. Tú, querida Maritza, eres una pieza muy apetecible para mí y tengo que admitir que me ha costado mucho poder tenerte a mi lado, sí, mucho. He tenido que presionar, quizás demasiado, lo admito.

—No ha dejado en paz a mi padre.

—El conde Monte-Ragusa es un hombre especialmente orgulloso. Lo mejor que ha hecho en su vida es cuidar de ti, querida Maritza.

Destapó la botella sin dejar escapar el corcho de su mano y escanció la espumeante bebida.

Maritza tomó la copa que le ofrecían. El tren que rodaba veloz sobre las vías, ya a punto de entrar en Suiza, apenas tenía vibraciones y la bebida no se vertió.

—¿Usted siempre consigue lo que se propone?

—Tengo la satisfacción de decirte que sí. A veces, lo que me propongo me cuesta más de conseguir, pero al final todo sale de acuerdo con mis deseos.

—¿Y si alguna vez no pudiera salirse con la suya? —preguntó ella.

—Eso no sucederá nunca, yo siempre logro cuanto me propongo.

—Insisto, podría ser que en alguna ocasión no lo consiguiera.

—En ese hipotético caso, si la satisfacción del deseo no es para mí, no habría de ser para nadie más.

—¿Cómo iba a impedir que otro gozara de ese placer?

—Simplemente destruyendo el objeto de mis deseos. ¿Queda bien explicado, querida?

El inició un brindis al que ella no correspondió; sin embargo, bebió de la copa.

—¿Dejará en paz a mi padre? —preguntó ella.

—Naturalmente, querida. Yo soy un hombre de honor y siempre cumplo con mi palabra.

El general miró su reloj de pulsera y dijo:

—Dentro de cinco minutos pasaremos la frontera por Iselle. Luego, llegaremos a Lausanne. Mientras estemos sobre suelo suizo, no nos veremos. Cuando entremos en Francia y vayamos camino de Dijon, vuelve, te estaré esperando. Mientras, aprovecharé el tiempo con mis ayudantes.

Maritza hubiera querido replicar algo más pero no lo hizo. Dejó la copa de champaña y salió del departamento. El hombre que la había ido a buscar, la acompañó de nuevo. La joven tuvo que pasar entre los hombres armados que la miraron con interés no exento de sensualidad.

El veloz convoy entró en suelo suizo. No se detuvo mucho tiempo en Lausanne y entraron en Francia sin problemas.

Ian McLaren descubrió que una carretera discurría paralela al tren gracias a los faros de un automóvil que, de madrugada, circulaba a fuerte velocidad.

Observó que el coche mantenía la velocidad conservándose paralelo al convoy. Aquella situación no podía durar, ya que las vías del tren y la carretera terminarían por separarse, pero, de pronto, pudo ver un gran fogonazo que salía del costado del automóvil que, bruscamente, aceleró.

Casi al mismo tiempo, se escuchó como un trueno.

Las paredes del tren vibraron y segundos después, se podía oír el bronco pitido y el brutal chirriar de los frenos. El propio Ian McLaren tuvo que aferrarse a la ventana para no caer y era fácil suponer que muchos habrían caído de sus asientos en aquel súbito frenazo.

Ian McLaren se precipitó fuera del departamento. Oyó algunos gritos. Corrió hacia el final del vagón, salía humo de allí y se encontró con un militar que lo encañonó con su metralleta.

—No puede pasar.

—Quisiera ayudar.

—Lo siento, no puede. ¡Márchese, vamos, fuera, fuera!

Ian McLaren retrocedió.

Por detrás del militar vio fuego y a otros hombres que se movían con rapidez. Buscó una puerta y saltó fuera del vagón. Desde el exterior pudo ver el vagón incendiado y un gran boquete en la plancha.

Desvió su mirada. En una de las ventanillas del vagón no

siniestrado descubrió a Maritza asomada al exterior. Al descubrirle a él, pese a lo difícil que resultaba reconocer a alguien, preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—El vagón de los militares ha sido sabotado.

—¿Y el general? — preguntó ella.

Antes de que Ian McLaren pudiera responder, dos hombres se le acercaron pistola en mano.

—¿Quién es usted?

—Un viajero.

—Documentación — le exigieron.

—¿Con qué derecho? — le replicó Ian McLaren.

—Con éste. —le mostraron la pistola.

Ian McLaren se encogió de hombros y mostró su documentación que ellos examinaron con una linterna.

—¿Británico?

—Eso dice el pasaporte, ¿no?

—¿Qué hace aquí?

—Si hay que responder algo, lo haré ante mi embajador — puntualizó Ian McLaren.

—Conque embajador, ¿eh? ¿Qué sabes tú de esto? —inquirió, señalando el agujero del tren.

—Menos que vosotros, viajaba en el otro vagón.

El jefe de tren se les acercó y, muy nervioso, comenzó a hacer preguntas.

—Giorgio, a este tipo lo veremos al final, parece que va a París.

—Si has tenido algo que ver con esto, despídete ya de la vida — amenazó Giorgio.

Ian McLaren regresó al vagón. Aquellos hombres armados estaban demasiado excitados para deambular entre ellos.

Se dirigió al departamento de Maritza Bianca y llamó a la puerta golpeando con los nudillos.

CAPÍTULO II

MARITZA BIANCA abrió la puerta con recelo, nerviosa; no sabía quién podía estar tras ella.

Le agradó el rostro del hombre, aunque no quiso fiarse de él. Trató de cerrar la puerta, mas la puntera del zapato masculino se introdujo entre la puerta y la jamba.

—Será mejor que abras —le dijo él con su voz bien timbrada.

—¿Qué quiere?

—Charlar un poco. Parece ser que vamos a estar detenidos aquí un tiempo.

—¿Quién es usted?

—Ian McLaren. Para ti, simplemente Ian. Ahora abre. ¿O prefieres que vaya a contar lo que sé?

Ella cedió. Él entró en el departamento y cerró la puerta tras de sí.

La miró y se sentó. Maritza continuaba en pie, cerca de la ventana. Pudo admirar sus piernas, su cintura estrecha, su rostro que no era puramente italiano. Parecía amalgamar la belleza de dos razas.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. Supongo que será un placer incomparable acostarse contigo.

—¿Va a decirme qué es lo que quiere?

Maritza no bajaba la guardia. No había sonreído en ningún momento y no parecían hacerle mella los halagos.

—¿Sabes lo que ha ocurrido?

—No. Sólo he visto fuego en el otro vagón.

—Un atentado.

—¿Sí?

—Tu amigo el general ha sido la víctima.

—¿Mi amigo el general?

—Vamos, no te hagas la tonta. Tú has ido a visitarle; has estado poco rato con él, no sé si habrá tenido tiempo de gozarte.

La mano de Maritza abofeteó el rostro de Ian McLaren con rapidez y dureza. El hombre la miró a los ojos sin replicar, sin mostrarse enfurecido por el humillante castigo.

—No toleraré que nadie me ofenda.

—Pero has visto al general, eso no puedes negarlo.

—He ido a hablar un momento con él.

—¿Sí, de qué?

—Cosas de familia, y no voy a responder más.

—Además de bonita, pareces una mujer importante.

—Mi padre es el conde Monte-Ragusa.

—¿Y ese título es importante? —rezongó, sarcástico.

—Si no se va de aquí, llamaré para que le echen.

—Me temo que tu amenaza no va a surtir efecto. Afuera están muy ocupados apagando el fuego. Por cierto, no pareces muy interesada por lo que haya podido ocurrirle al amigo de tu familia.

—El general Caballeri era un hijo de mala madre.

—Eso ya empieza a gustarme, lo malo es que va a traer muchos problemas. La policía francesa acabará enterándose de que fuiste a verlo y te van a interrogar. Los atentados, y más de este tipo, irritan mucho a los gobiernos y a sus policías. He visto a mucha gente armada, supongo que no estarán afuera como soldados italianos, sino como servidores de la NATO.

—Yo no sé nada, absolutamente. ¿Usted también es de la NATO?

En vez de responder, Ian McLaren le hizo observar:

—Si eras amiga del general, sabrás que era vicecomandante general adjunto, un cargo importantísimo dentro de la Alianza Atlántica.

—A mí todo eso no me importa nada.

—¿Sabes si ha muerto el general?

—¡No sé nada, se lo repito, no sé nada!

Se volvió. Al mirar hacia el exterior, vio gente corriendo y optó por bajar la cortina, aislándose.

—Si ese hombre ha muerto en el atentado, la noticia correrá por

todo el mundo en pocos minutos y se hará una investigación a fondo. Todos los viajeros de este tren serán sospechosos.

—¿Le han puesto una bomba?

—Deben haber disparado una granada con un bazooka u otro artefacto similar, una granada de carga hueca capaz de hacer estallar un tanque pese a su blindaje. Ha perforado la chapa del tren con suma facilidad y luego, ya dentro, ha estallado.

—Yo le juro que no sé nada de lo ocurrido —musitó la joven, sentándose por primera vez, como resignándose a la presencia del hombre en su compartimiento.

—¿Piensas explicar que estuviste con el general?

—No. Ese hombre podía ser todo lo general que quisiera, un gerifalte en la NATO, pero era un granuja, o es, no sé si ha muerto todavía.

—¿Te molestada que hubiera muerto?

—No lo sé.

—¿Te estaba presionando?

—Sí.

—No creo que por ese motivo contrataras a alguien que desde un coche le propinara un bazookazo. Este atentado ha sido muy bien preparado, por hombres que debían conocer las costumbres del general. Le estaban esperando. Él tomó el tren en Milán y ellos sabían que pasaría por este sitio. Sabían incluso el vagón en que estaría, claro que se han arriesgado mucho. El general podía haberse desplazado a otro vagón o a otro compartimiento.

—Habla como si yo tuviera algo que ver con el atentado.

—Si la policía francesa y los servicios de seguridad de la NATO se enteran de que visitaste al general, serás muy sospechosa.

—No pueden detenerme simplemente por haberle visitado, sólo por haber cambiado unas palabras con él.

—En un caso tan especial como éste, es posible que no te detengan oficialmente, pero puedes tener un mal tropiezo y si las cosas van mal, hasta puedes morirte voluntariamente.

—No entiendo —aseguró, muy preocupada.

—Muy fácil. ¿No recuerdas cómo murió Marilyn Monroe?

—Murió por haber tomado demasiadas pastillas para dormir.

—Sí, un aparente suicidio, pero hay quienes afirman que no se las tomó voluntariamente.

—¿Trata de decirme que van a asesinar-me?

—Estoy tratando de decirte que a partir de ahora habrás de tener mucho cuidado y no deberás fiarte de nadie por muy policía que sea, es un buen consejo. La muerte del general va a poner en marcha a mucha gente y todos tratarán de ser los primeros en llegar hasta los terroristas.

—Yo no sé nada, ni quiero saber nada.

El tren silbó bronco por tres veces y luego comenzó a moverse.

—Parece que reanudamos el camino.

—¿Habrán apagado el fuego? — preguntó Maritza.

—Se supone que sí. Tengo la impresión de que antes de que nadie pueda apearse en Dijon tendremos visitas.

—¿De quién?

—De la policía.

—¿Quién es usted?

—Soy profesor de universidad. Tengo un año de gracia para escribir un libro.

—¿Escritor?

—No exactamente. Estoy haciendo un libro-informe muy técnico y no creo que sea bueno cansarte con explicaciones. El caso es que voy de un país a otro recopilando datos, ha de ser un libro importante y muy documentado.

—Parece muy joven para ser profesor.

—Quizá, algunos se dejan barba para parecer algo mayores. Ahora creo que te he molestado demasiado, debo regresar a mi compartimiento. Espero que nos veamos en París. No te aconsejo que te apees antes del tren, te harías más sospechosa aún. Si tu viaje ya no tiene objeto por lo que le ha ocurrido al general, mejor continúa en vez de regresar. Ve a París y cómprate una bonita combinación. Para muchas mujeres de familia rica, ése es ya un buen motivo para viajar a París.

Iba a abrir la puerta, pero ella se le acercó. El hombre apoyó su espalda contra la puerta y pudo ver su rostro y también sus abultados y firmes senos, senos que sí tenían la marca «*made in Italy*».

—¿Podrías permanecer un rato más conmigo?

—Bien, ya veo que me tuteas. ¿Tienes miedo?

—De ti, ya no, pero sí tengo miedo de lo que pueda ocurrir.

—De acuerdo, me quedaré un rato más y no trataré de abusar de mi situación. Cuando una mujer joven y bonita le dice a un hombre a solas que tiene miedo, es como darle libertad a ese hombre para intentar abrazarla.

Maritza Bianca afelinó sus ojos color almendra, entreabrió la boca. Parecía que fuera a darle un beso, pero no lo hizo. Era como si la bellísima hija del conde Monte-Ragusa tratara de leer en la mente de Ian McLaren a través de sus ojos oscuros.

—No estarás pensando que soy de la RGB, ¿verdad? Sería ridículo, esto parecería una novela de Graham Green.

—¿Graham Green? No sé quién es —confesó ella sin rubor.

—Es un escritor que ha publicado novelas de espías.

Maritza Bianca se dejó caer en el asiento. Parecía tan cansada como confusa.

El tren se detuvo en una pequeña estación donde no debía haberse parado.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—No importa tanto dónde estamos, sino más bien de cuánta gente estamos rodeados.

Intrigada, se acercó a la ventanilla. En el andén vio a muchos gendarmes armados con pesadas metralletas.

Las órdenes se cruzaban con rapidez de una parte a otra, el tren había sido rodeado.

El vagón atacado por la granada de carga hueca estaba siendo desenganchado del resto del convoy mientras policías expertos en la revisión de documentos subían a los vagones. El gran montaje de la informática entraba en acción. Todos los datos serían comprobados a distancia, ninguna documentación falsa se les escaparía en aquella ocasión.

CAPÍTULO III

EL automóvil, un «Rover» a gasolina de gran cilindrada, se salió de la carretera que conducía a Dijon para internarse por una pista forestal, un lugar que el conductor conocía ligeramente.

—¡Cuidado, nos vamos a matar! —gruñó el otro hombre que le acompañaba y que viajaba en la parte posterior.

En el suelo del coche había un bazooka desmontado por la mitad.

Debido a la velocidad que llevaban, el vehículo saltaba a cada bache, pero tenía gran estabilidad y tracción en las cuatro ruedas.

Al fin salieron a un terreno llano, posiblemente para pasto de ovejas, pues había abundancia de hierba.

Nada más detener el vehículo, ambos hombres saltaron a la parte posterior del mismo. Abrieron la puerta de carga y por ella, desmontados, sacaron dos superligeros.

Los dos terroristas sabían muy bien cómo montar uno de aquellos superligeros contruidos a base de aluminio, cable, tela de nilón y unos pequeños motores que apenas pesaban.

Pasó más de una hora antes de que los dos pequeños aviones (si es que así podía llamárseles a los superligeros) quedaran montados y listos para el despegue.

—Michel, no te olvides de los fuegos de artificio.

—Claro que no.

Sacó un explosivo al que ya iba unido un aparato de relojería. Michel lo adosó al depósito de gasolina después de manejar la rueda que marcaba el tiempo para la detonación.

—Listos, ya podemos marcharnos.

Subieron a los pequeños aviones superligeros. Pusieron los motores en marcha y comenzaron a avanzar como pájaros torpes. Los superligeros, separados a poca distancia uno del otro, fueron adquiriendo velocidad y despegaron fácilmente, no sin antes dar unos saltos como si se negaran a separarse del suelo.

Al fin quedaron en el aire y los motores de escasísima cilindrada comenzaron a ronronear, monótonos, mientras se alejaban en la oscuridad apenas sin luces, pues sólo llevaban unos diminutos pilotos rojos que les servían a ellos mismos para no perderse de vista mutuamente.

Debían conocer muy bien el camino, debían haberlo practicado en ocasiones anteriores, porque inmediatamente torcieron hacia la colina que apenas se recortaba contra el manto de estrellas en una noche sin luna.

La explosión fue grande.

Ambos pilotos volvieron sus cabezas y pudieron ver una bola de fuego. El vehículo utilizado para el atentado en la noche sin luna quedaba totalmente destruido y, por si fuera poco, calcinado. Si la policía trataba de encontrar pruebas en aquellos restos, se llevaría un buen chasco.

Tomaron el camino del oeste y les sorprendió ver pasar el tren con sus ventanillas iluminadas.

Cruzaron por encima de él sin que nadie se percatara de ello y prosiguieron su vuelo nocturno con aquellos aviones de juguete, pero que fueron muy útiles para cruzar la frontera suiza sin ser vistos. Terminaron tomando tierra en una explanada frente a una granja.

Utilizaron un walkie-talkie para advertir de su llegada.

Michel había silbado por él, y aquel silbido con tonada de canción fue el aviso de su aproximación. Se encendieron las luces de la granja y otras luces que marcaban el camino a seguir, a modo de pista de aterrizaje.

Las alas de los superligeros fueron desmontadas con rapidez e introdujeron los pequeños aviones en un establo. Las luces volvieron a la normalidad.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Sandro, el hombre de la granja.

—¿No ha habido noticias? —preguntó Michel.

—No, la radio aún no ha dicho nada.

—Pues no tardarán en decirlo. Dimos de lleno en el objetivo —puntualizó Stephano mientras encendía un pequeño cigarro.

Sandro inquirió:

—¿Funcionó bien el lanzagranadas?

—Perfectamente —asintió Michel—. Saqué la boca por la ventanilla y la salida, por la ventanilla del otro lado. Stephano llevaba una buena marcha, la verdad es que el tren volaba.

—Tuve que pisar el gas a fondo —confesó Stephano—. Creí que se nos escapaba.

Michel prosiguió con la explicación de lo ocurrido.

—Apunté bien y disparé. Con los prismáticos vi que había dado de lleno en el objetivo, por lo que no hizo falta repetir el disparo.

—¿Y la otra granada? —preguntó Sandro.

—Explotó junto con la carga de goma-2 que dejamos en el coche. Cuando lo encuentren, sólo verán chatarra retorcida.

—Un buen trabajo —aprobó Sandro—. Podéis ir a dormir.

—¿Y el dinero? —preguntó Michel.

—Cuando aparezca nuestro contacto, y no vendrá hasta haber comprobado que el trabajo ha sido perfecto.

—Nosotros siempre hacemos un trabajo perfecto —gruñó Stephano, sin quitarse el cigarro de entre los dientes. Después añadió—: Yo no pienso dormir hasta que aparezca nuestro hombre.

—Cincuenta mil libras en billetes es mucho dinero —opinó Michel.

—Más los gastos, otros cincuenta mil dólares.

—Se os pagará tal como estaba acordado, pero los superligeros no los habéis pagado vosotros.

—¿Y el «Rover»? —gruñó Stephano.

—Tal como estaba previsto, lo robasteis —replicó Sandro.

—Es cierto, no lo compramos, pero tuvimos que arriesgarnos.

—Es como si lo hubiéramos comprado —se rio Michel.

—Os prepararé café.

—Mientras esperamos tomando café, podemos jugar unas partidas de póquer —propuso Michel.

—Yo quiero vino, buen vino —exigió Stephano.

Sandro, el hombre de la granja, fue a preparar café. Al poco, regresaba diciendo:

—Acaban de dar la noticia.

—¿Y el general? —preguntó Stephano.

—Muerto en el acto. Por lo visto, ha sufrido grandes destrozos. Debéis haberle dado de lleno.

—¿Qué te dije? —preguntó Michel, casi empujando a Sandro.

—Bueno, bueno, no es para tanto. Si yo no hubiera mantenido la velocidad en paralelo al tren, tú no le hubieras acertado. Te coloqué de manera que darle era cosa de niños, como el tiro al blanco de la feria.

—En la feria, las escopetas siempre están desviadas.

—Pero tu bazooka era bueno —gruñó Sandro—. Comprado en Bélgica.

—¿Cuánto tardará en llegar nuestro hombre, ahora que ya todo el planeta conoce la noticia? —preguntó Sandro.

—No lo sé. Este es el refugio, nada más.

—Como no venga pronto, me hago una cartera con tu piel, Sandro —amenazó Stephano mientras le mostraba una pistola.

—No hagas tonterías. Guarda eso para cuando os persiga la CIA. El general era un pez gordo de la NATO.

—A mí no me importa nada la CIA, los rusos, ni la madre que los parió a todos —gruñó Stephano.

—A nosotros —dijo Michel— no nos importa quién es el «pagano» ni quién se convierte en muerto. Para nosotros es un trabajo, eso es todo.

—¿Y qué creéis que soy yo? —preguntó Sandro.

—Tú eres el intermediario —fe dijo Stephano.

Michel opinó:

—El intermediario siempre se lleva mucho dinero. Ocurre lo mismo vendiendo pastas que haciendo trabajos de sicario.

Amaneció. Stephano y Michel no se preocuparon de contemplar los hermosos paisajes. Sandro, originario del Piamonte, pero que tenía aquella granja cerca de la frontera suiza con Francia, si se podía decir cerca a algo más de dos docenas de kilómetros, salió a dar alimento a los animales y a limpiar los establos. Soltó las vacas para que pacieran por los pastos próximos. Allí todo era paz, nada parecía turbar el bucólico ambiente, pero ni Sandro era un granjero sin otros intereses ni Stephano y Michel eran hombres de paz, eran todos ellos hombres sin escrúpulos, dispuestos a matar si se les

pagaba bien.

Stephano y Michel habían pertenecido a una familia mafiosa, pero sus jefes habían sido encarcelados en España, y ellos, que no eran ni mucho menos los cerebros de la pequeña familia, habían decidido trabajar por su cuenta.

Aqué! era su tercer trabajo y no parecía irles mal, aunque en aquella ocasión la operación había sido más difícil, más complicada.

No se trataba de acercarse a un hombre escogido como víctima, ponerle la pistola en el estómago o en la nuca, pegarle tres tiros y luego huir. Con el general Caballeri no había sido tan fácil. El general llevaba muchos hombres de escolta, era un pez gordo.

En Italia, la policía y los militares le protegían. En Francia o Bélgica sucedía lo mismo con los cuerpos de seguridad del Estado, y así, en cualquier país que fuera, siempre que perteneciese a la NATO. Y aunque el país visitado no perteneciera a la Alianza Atlántica, también se tomaban las precauciones oportunas.

Michel confesó:

—Me caigo de sueño.

—Y el tipo del dinero sin venir —gruñó Stephano.

—Será mejor que demos una cabezada —propuso Michel—. Sandro está con su tarea, no tiene que despertar sospechas si aparece por aquí la policía suiza.

—Dormiremos por turnos, no quiero que me sorprendan con una pistola en la oreja. Tengo mal despertar y ciertas bromas las encajo muy mal.

—Está bien. Yo duermo primero, dentro de dos o tres horas me despiertas y vigilaré yo. No te preocupes por Sandro si aparece la policía, tampoco le interesa ser descubierto. Además, estamos en Suiza. ¿Qué nos pueden hacer aquí por algo ocurrido en Francia? Somos italianos.

—No sé, no soy experto en leyes —rezongó Stephano—, pero no me fio ni de la *mía mamma*. Te meten entre rejas hasta que se aclare y te puedes pudrir en prisión.

Se fueron turnando.

Sandro no dejó de trabajar en la granja, como si fuera un día más para él. Si alguien podía observarlos a distancia con prismáticos, nada anormal habría notado.

Por un transistor escucharon las innumerables noticias que

recorrieron el mundo hablando de la muerte en atentado del general Caballeri, ilustre militar italiano con un alto cargo en la comandancia general de la NATO.

Los informadores daban muchas noticias que luego se contradecían. Lo cierto era que se preparaban unos grandes funerales para el ilustre militar asesinado, funerales que tendrían lugar en Roma. El cadáver sería trasladado de Francia a Italia.

Llegó la noche. Stephano y Michel estaban malhumorados.

—¿Cuándo vendrá nuestro hombre? —preguntó Stephano por enésima vez.

—Vendrá, seguro —respondió Sandro, que preparó la cena para los tres a base de calentar platos precocinados,

—Si no viene antes del amanecer, esto terminará mal — advirtió Michel.

—Yo sólo soy un intermediario, meteros eso en la cabeza — repitió Sandro, que tenía la impresión de que las amenazas pesaban excesivamente sobre él.

Por otra parte, estaba tranquilo. Los dos terroristas jamás le matarían. Él, como ya había dejado claro, era el intermediario. Si él moría, ¿cómo iban a tener esperanzas de cobrar? Y aquellos asesinos no mataban a nadie por el fanatismo de unos ideales más o menos confesables. Ellos mataban por dinero.

Sandro puso gruesos leños en la chimenea y repartió buen vino en la mesa y brandy después. Nerviosos, Stephano y Michel bebieron.

—Y tu amigo, ¿quién es? — preguntó Stephano.

—Ni es mi amigo ni sé quién es. En estos casos es mejor no saber. La ignorancia garantiza más años de vida.

—¿Nos vas a decir cuánto te va a pagar a ti? —preguntó Michel.

—Mucho menos que a vosotros.

En cierto modo satisfecho, Stephano replicó:

—Ya será más.

Michel bebió media copa de coñac. Su rostro ardía, sus pupilas se dilataban, ya llevaba demasiado alcohol en la sangre.

—Los intermediarios siempre ganan más. Siempre ocurre lo mismo, los que corren menos peligro son los que ganan más. Cochina vida. Yo no creo en eso de revivir después de la muerte, no soy divinista.

—Espiritista, imbécil —le corrigió su compañero de fechorías.

—Eso es, espiritista.

—¿Qué es ese ruido? Parece un coche.

Ante la observación de Stephano, Sandro se puso en pie y admitió:

—Así es. Tengo un micrófono oculto en el camino, a un kilómetro de distancia. Cuando alguien pasa cerca del micro, yo lo escucho aquí. Eso es más efectivo que un perro.

Stephano y Michel aprobaron con sendos movimientos de cabeza.

Sandro sacó una pistola, comprobó que estaba lista para disparar y se acercó a una ventana. Vigiló el camino y vio el par de faros acercándose.

El vehículo se detuvo a una distancia prudencial y apagó los faros. Se mantuvo así durante unos segundos y luego lanzó cuatro ráfagas con las luces de cruce. Aquellos relámpagos de luz eran la señal esperada.

—Es nuestro hombre —dijo Sandro.

Stephano y Michel se dieron unos codazos de satisfacción y complicidad.

El automóvil reanudó la marcha lentamente hasta meterse en el establo que encontró abierto. Allí había otros coches.

Un hombre de traje oscuro, abundante cabello rizado y barba entrecana, penetró en la casa. Su mano no soltaba el maletín que llevaba consigo.

—Buenas noches —saludó con marcado acento eslavo—. Magnífico trabajo, todo ha sido tal como pedí.

—¿Y el dinero? —exigió Stephano, impaciente.

El hombre del cabello rizado y la barba entrecana, que usaba gafas de una gran concha oscura y tenía la nariz abultada, tan abultada que era exageradamente grande, depositó el maletín sobre la mesa.

Stephano se fijó que en el dedo meñique de la mano izquierda no tenía uña y era algo más corto, como si hubiera sufrido la amputación de la punta del dedo.

El contenido del portafolios estaba dividido en dos partes. Allí había muchos billetes y el hombre, que no revelaba su identidad, concretó:

—Cincuenta mil dólares y cincuenta mil libras. Es un buen pago por el trabajo.

—Ha sido más difícil de lo habitual —replicó Stephano—. Tuvimos que entrenarnos mucho con esos avioncitos de papel.

—Había que hacer un buen trabajo y lo han hecho. Es posible que antes de un año les encargue otro. Los trabajos perfectos me complacen tanto como a mis superiores.

Michel se lo quedó mirando inquisitivo y después preguntó:

—¿Y quiénes son sus superiores?

—Es mejor no saber, así podrán disfrutar mejor del bien ganado dinero. Señores, tengo que marcharme. Cuando quiera conseguir de nuevo sus servicios, me pondré en contacto con nuestro común amigo Sandro.

—¿Y el dinero de él? —preguntó Stephano.

—Lo pasaremos a su cuenta numerada de Ginebra. Sandro no es derrochador, él sueña con poder comprarse una granja como ésta, quiere ser propietario y no un arrendador. Vosotros sois diferentes, vosotros queréis gastar vuestro dinero con rapidez. Viajes, buenos hoteles, mujeres bonitas... Que lo gocéis bien, pero sed un poco discretos. La policía, sea de donde sea, siempre sospecha de quienes gastan el dinero con prodigalidad y carecen de patrimonio o trabajo conocido.

El desconocido, de fuerte acento ruso, les dejó con el dinero. Michel y Stephano estaban contentos. El dinero les llenaba de satisfacción y la casi promesa de que en un futuro próximo les iban a encargar otro trabajo, les complació.

Poco después, el ronquido de un motor de automóvil se alejaba de la granja suiza donde las vacas mugían cansinamente: allí no parecía pasar nada jamás.

CAPÍTULO IV

LLAMARON con los nudillos a la puerta de la habitación que Ian McLaren ocupaba en el hotel Matignon.

Dio por supuesto que debía ser un empleado del hotel.

—Adelante —dijo, mientras pasaba la rasuradora a pilas por su rostro, acción que hacía mecánicamente pero a la vez con cuidado para no irritarse la piel del Cuello.

Un hombre de pelo canoso y, sorprendentemente con cejas muy negras, hablando un perfecto francés, entró en la alcoba. Ian McLaren le vio por el espejo del peinador. Detuvo la máquina de afeitar, carraspeó y dijo:

—Creo que se ha equivocado de habitación.

—Si usted es míster McLaren, seguro que no.

Ian McLaren se lo quedó mirando fijamente. El hombre era delgado y alto, aunque no tanto como él. Vestía un impecable traje de lana. Sus ademanes eran muy cuidados, no cabía duda de que era un hombre culto y que sabía gozar de los placeres de la vida, un epicúreo pero con medida. Aquel tipo no debía haberse emborrachado jamás. Su mirada era intensa, aunque en aquellos momentos trataba de no ser demasiado penetrante. Aquel desconocido debía ser consciente de la fuerza de sus ojos.

—¿Puedo saber su nombre?

—Mi nombre no le va a decir gran cosa —replicó el desconocido del cabello lacio y canoso, un pelo no demasiado abundante que contrastaba con las cejas también en la densidad de los cabellos. Su nariz era afilada y bastante correcta.

—No obstante, preferiría saberlo.

—Llámeme Gastón Malmaison. De todos modos, no va a estar seguro de que mi nombre sea cierto.

—¿No le parece que ha venido demasiado misterioso?

—Existen temas muy delicados, tan delicados que es preciso ser misterioso. Una palabra de más y usted o yo podemos ser enviados a la Morgue y, en confianza, le diré que pienso vivir unos cuantos años más. El mundo no me gusta nada, pero...

—¿Qué es lo que desea, en realidad? Podía haberme abordado en el bar del hotel.

—Es cierto. —sacó una pitillera de piel muy aplastada, la mostró y preguntó—: ¿Puedo?

—Sí, claro.

—¿Quiere fumar usted?

—No, gracias, pero dígame qué es lo que busca de mí.

—Hablarle. —fue a la butaca y se acomodó en ella—. Este no es el lugar perfecto. Podría haber micrófonos ocultos por la habitación.

—¿Micrófonos ocultos, por qué? ¿A quién iba a interesarle lo que yo pudiera hablar?

—A más gente de la que se imagina. Yo siempre tomo precauciones, es bueno que lo sepa. Antes de visitar a alguien, me informo. Si usted no hubiera sido importante, habría enviado a otro hombre que hablara por mí, pero he preferido venir en persona.

—Empieza usted a hacerme sentir importante.

—Usted es profesor de económicas en una importante universidad americana.

—Sí, pero soy inglés.

—Eso no importa ahora. Usted tiene licencia para escribir un libro que, por lo que parece, va a tener mucha importancia dentro de las universidades.

—Eso ya se verá. Por el momento, todavía no lo he empezado a escribir. Estoy en la fase preliminar de recoger datos.

—Datos sobre el general Caballeri, ¿no es eso?

—Puede, pero éste es un asunto personal.

—Yo diría que, más que personal, en estos momentos es un asunto de importancia mundial.

—¿Se refiere al asesinato del general Caballeri? —dijo, como encogiéndose de hombros.

—Así es. Digamos que yo represento a la «agencia».

—¿Qué «agencia»?

—Dejémoslo simplemente en «agencia». Puedo decirle que para nosotros es importante averiguar la identidad de los asesinos del general Caballeri, por eso estoy hablando con usted.

—En ese caso, creo que se equivoca —rechazó Ian McLaren—. La policía será quien se encargue de esclarecer la verdad, de encontrar a los culpables del criminal atentado. Es un asunto de la policía y no mío.

—¿De qué policía? ¿De la italiana, de la francesa, porque el atentado ha tenido lugar en territorio francés? ¿Acaso os competencia de la NATO? Es muy complicado, las jurisdicciones se reparten y si el o los asesinos están fuera de Francia, ¿a quién se va a buscar?

—¿No intervendrá la Interpol en este caso?

—Si se considera un crimen político, la Interpol tendrá las manos atadas.

—Entonces, me imagino que la CIA, la RGB, el Intelligence Service, el PID y otros servicios secretos se pondrán en marcha.

—Así es. Ya están en marcha y es posible que tropiecen entre ellos y la tela de araña de este sucio asunto se hará cada vez más y más pegajosa y complicada. Mucha gente andará metida en este asunto y hasta es posible que alguien muera por equivocación. Eso, en ocasiones, no se puede evitar, es una desgracia, pues todos recelarán de todos.

—¿Quiere decir que un montón de agentes de los llamados espías de diferentes países andarán metidos en el asunto, investigando?

—Así es.

—Entonces, ¿qué haría yo, que no soy policía ni espía?

—Usted es un investigador nato. Usted ya ha estado investigando al general Caballeri, ha estado con él.

—Sí, pero sólo como un investigador llamémosle intelectual, nada de policía ni asuntos de espionaje internacional.

—Usted deberá seguir investigando, la madeja está muy embrollada. A usted le ofrecemos un cabo para que tire de él y le deseamos suerte.

—*Monsieur*, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Gastón Malmaison, pero ya le he advertido que mi nombre no

tiene importancia.

—Usted, *monsieur* Malmaison, pretende que yo sea el agente investigador dentro de un mundo de espías representando a una agencia de la cual no sé su nombre, su origen ni a qué fines sirve.

—Así es. Por supuesto, es mi deber advertirle que otros agentes investigan en todas direcciones, es una operación de gran alcance. Habrá mucha gente investigando y precisamente usted ha de seguir siendo el profesor que quiere escribir su libro, por ello no es bueno que sepa demasiado. Si le investigan, usted tiene un pasado limpio.

—¿Insinúa que nadie me va a relacionar con el mundo del espionaje internacional?

—Así es, usted seguirá metiendo sus narices donde crea más conveniente. La «agencia» le facilitará información y sugerencias que puedan ayudarle en su investigación, claro está que si le matan...

—Podría descolgar el teléfono y llamar a la policía.

—¿Usted cree? —sonrió sin dejar de fumar. Se mostraba tan frío, tan seguro de sí, que Ian McLaren comprendió que su amenaza no surtía efecto. Sin embargo, volvió a intentar amedrentarlo.

—Si la policía lo relaciona de alguna manera con la muerte del general, puede usted meterse en muchos problemas.

—No lo creo, la «agencia» es demasiado importante, no hay cuidado. Haga usted lo que quiera, claro que si usted pierde la confianza de la «agencia», será malo para su salud.

—¿Me está amenazando?

—Mire, McLaren, en este mundo del espionaje internacional, el que sabe demasiado, o vende lo que sabe o si se le coge, es hombre muerto. Si yo salgo de esta habitación y doy parte a quien corresponda que usted sabe demasiado, sus horas quedarán contadas.

—Es que yo no sé demasiado.

—Eso no importa, bastaría con que yo lo dijera en mi informe. Veo que no acaba de entender. Esto no es como la justicia en general. Un hombre es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad, aunque en países como Francia esto no sea así. Sin embargo, en el mundo del espionaje internacional, un hombre es culpable de lo que se le acusa y no hace falta que nadie le defienda porque no va a servirle de nada.

—¿Y si me niego a aceptar el encargo de ese trabajo?

—En ese caso, sigue usted sabiendo demasiado. Es un poco desgraciada su situación, míster McLaren. Cuando en este mundo del espionaje internacional se elige a alguien para hacer un trabajo, el elegido no puede negarse. Ha sido un «elegido» y si se niega, entonces se convierte en un personaje extraordinariamente molesto.

—Usted sólo me está amenazando de muerte. A cambio, ¿qué ganaría?

—En ese caso, si es usted efectivo, la «agencia» le garantiza la publicación de su libro en todos los países del área occidental, ya sabe, inglés, francés, italiano, alemán, español. La divulgación de su obra será total y su libro podrá pasar a la mayoría de las universidades, bibliotecas y librerías de cuando menos quince países. Supongo que se dará cuenta del beneficio que eso puede significar, ¿verdad? Muchos libros, fama entre los intelectuales y, en consecuencia, también mucho dinero; además, será un dinero limpio. Usted podrá justificar que ese dinero lo ha cobrado por derechos de autor, nadie podrá reprocharle nunca nada.

—Supongamos que investigo. ¿Qué más tendría que hacer?

—Sólo investigar y averiguar quién o quiénes o qué grupo es el culpable de la muerte del general Caballeri. Cuando usted lo sepa, nosotros ya nos pondremos en contacto con usted para que nos lo diga. Tenga por seguro que no le perderemos de vista.

—¿Y luego?

—Usted se va a su despacho y escribe su libro. La «agencia» se encargará de lo demás. Como es lógico, los asesinos merecen un castigo.

—¿Y si, pese a poner interés, no averiguo nada?

—Esperemos que sea usted efectivo, míster McLaren, le conviene. Ah, y como va a tener gastos...

Del bolsillo sacó una cartera de fina piel. Dentro de ella había un fajo de billetes. La alargó a McLaren que la tomó entre sus manos y observó el dinero.

—¿Esto para gastos?

—Sí, no sería lógico pedirle que se pusiera a investigar sin pagarle los gastos de entrada. Debe moverse usted con libertad, libertad económica. Muévase sin preocupaciones. La «agencia» siempre estará cerca de usted, investigue.

—Creo que han cometido una torpeza al fijarse en mí para esta investigación.

—Eso ya se verá. Usted estuvo investigando datos en torno al general Caballeri y otros personajes en Italia. Regrese allí y continúe investigando.

—¿Y si los asesinos están en otro país?

—De eso ya se encargará la «agencia».

—¿Y puedo saber por qué me han elegido a mí?

—Porque usted tiene una buena tapadera, nadie debe sospechar de usted. Quizás es algo joven para pasar por el prototipo de profesor de universidad, pero le favorece su juventud para poder moverse con libertad. Ah, si se compra una pistola para defenderse, no sería mala cosa, pero si alguien le coge, sea la policía italiana, la francesa o algún servicio secreto internacional, nadie va a responder por usted, aunque, desde la sombra, la «agencia» hará todo lo posible para resolver su difícil situación.

No se dijeron nada más.

Gastón Malmaison (si es que éste era su nombre) abandonó la habitación. Ian McLaren se quedó con la cartera conteniendo libras esterlinas en una cantidad que podría considerarse importante. Aceptar aquel dinero significaba entrar de lleno en el mundo del espionaje y el terrorismo internacional. De pronto, se dio cuenta de su rabiosa juventud y de que le atraía investigar.

Había estado investigando para recoger datos y poder escribir su libro; ahora tendría que investigar más. El premio podía ser la muerte, lo sabía. Aquel desconocido de mirada y actitudes frías que decía ser miembro de la «agencia» (McLaren ignoraba de qué «agencia» se trataba) ya le había advertido de lo que podía ocurrirle. Después de todo, intentar averiguar quién había sido el que disparara la granada de carga hueca contra el tren no era nada malo según su conciencia, sino todo lo contrario.

Volvió a mirar los billetes y se preguntó:

«Si he de investigar, ¿por dónde empiezo?»

La respuesta la halló de pronto: Maritza Bianca.

CAPÍTULO V

MARITZA BIANCA pidió al mozo que depositara su equipaje en el lugar correspondiente dentro del aeropuerto de Orly. Su rostro se mostraba frío, preocupado.

—Hola, Maritza. ¿Lista para tomar el avión?

Se volvió, reconociendo al hombre de inmediato.

—Ian.

—Creo que voy a tener la suerte de subir al mismo avión que tú.

La bellísima italiana frunció el ceño, más en un gesto de interrogación que de disgusto.

—¿De veras vas a tomar el avión para Roma?

—Pues sí. Estuve en Milán, pero ahora tengo que ir a Roma.

—¿Al funeral del general Caballeó?

—Así es. Tomaré algunos datos y fotografías para mi libro.

—¿Qué es lo que esperas encontrar allí?

—Ya te lo he dicho, gente y datos.

—Pero ¿qué estás haciendo, un estudio militar?

—No, soy profesor de económicas, creo que ya te lo dije.

—Me dijiste que eras profesor, pero no de qué.

—Las económicas son complicadas y prolijas para contarlas y yo no pienso molestarte con temas aburridos, ya que voy a viajar contigo.

—¿Acaso vas a incluirme a mí en tu libro?

—Nunca se sabe de dónde se pueden obtener datos. Tú conocías bien al general Caballeri.

—No tanto como supones.

—Pero era amigo de tu familia.

—Un mal amigo.

—Muchos buenos amigos se convierten en malos cuando se ponen a prueba.

Maritza puso atención en la voz que salía por los altavoces del aeropuerto y dijo:

—Vamos a perder el avión.

Se acomodaron juntos en el reactor que los llevó a Roma, fue un vuelo perfecto. A Ian McLaren le pareció más hermosa aún, pero la joven italiana se mostraba preocupada, afectada quizás no tanto por lo ocurrido al general, sino por su encuentro con él.

El acoso machista del general había cesado con la muerte de éste. Ahora se sentía libre pero no limpia.

Se separaron en Roma Maritza Bianca, que tenía la casa madre de su familia en Roma se dirigió a ella diciéndole a Ian McLaren que le llamaría al hotel. El refugio de Maritza en Milán era la casa de una tía suya. Su padre vivía en Roma, allí estaba la residencia capitalina de los Monte-Ragusa en la Via de Mercede.

Frente al espejo del cuarto de baño del hotel donde Ian McLaren se alojaba en la Ciudad Eterna, éste llegó a preguntarse:

«¿Estoy aquí porque me atrae meterme en el mundo del espionaje, por unas libras esterlinas y la gran difusión de mi obra o porque me gusta Maritza Bianca?»

Era muy difícil hallar la respuesta en aquellos momentos.

Preparó su máquina fotográfica y asistió al entierro del general Caballeri. Dos policías se fijaron en él y le pidieron la documentación.

—No deberá fotografiar a las personas y mucho menos de uniforme —le advirtió uno de ellos.

—Lo tendré en cuenta —respondió en su mal italiano—. Pero si el entierro sale por televisión, cualquiera puede tener la grabación en video de los asistentes.

Los agentes hicieron un gesto dubitativo y lo dejaron en paz.

El entierro del general Caballeri fue menos multitudinario de lo previsto, pero tuvo su fanfarria musical y una compañía de soldados vestidos de gala desfilando tras el féretro que iba cargado en un anticuado pero vistoso carro fúnebre tirado por seis caballos emplumados de negro.

Aquello no era un armón de artillería como posiblemente

hubiera deseado el general muerto para su funeral, pero tampoco un anodino furgón de gasolina pintado de gris oscuro.

Asistieron políticos, aunque no los más importantes. No obstante, la gente se acumuló en la calle para ver desfilar el cortejo fúnebre.

Ian McLaren no supo por qué, pero se fijó especialmente en un hombre de cabellos canosos y labios finos que iba en el tercer grupo siguiendo al féretro. Aquel hombre era muy elegante, magro de carnes y alto de estatura. Su rostro le llamó la atención y no supo por qué. Su distinción y altura le hacían destacar sobre los otros hombres que le rodeaban.

Cuando McLaren regresó al hotel, tenía los pies cansados y una sensación de frustración. Había tomado datos y fotografías, pero no estaba seguro de que nada de todo aquello le sirviera para su libro ni para la investigación que se le había obligado a llevar adelante, porque teniendo en cuenta la coacción de que fuera objeto, pues se le había amenazado de muerte, debía considerarse obligado a la fuerza.

«Eres un novato, Ian», se dijo mientras se desnudaba, dispuesto a tomar un duchazo.

¿Qué podía investigar él sobre el atentado cuando ya era seguro que varios policías de distintos países y servicios secretos, civiles y militares, estarían interviniendo en aquel desgraciado caso de atentado terrorista del cual, en principio, nadie se había hecho responsable, pero era muy posible que diferentes grupos políticos extremistas se adjudicaran el atentado como una victoria propia?

¿Quién sería la «agencia», a qué intereses servía? Ian McLaren no sabía nada al respecto. ¿Por qué habrían llegado a creer que él podía conseguir información interesante?

Estaba metido en la ducha, bajo el agua, cuando sonó el timbre del teléfono. Maldijo al que llamaba tan inoportunamente, pero cerró el grifo, y chorreando agua fue hasta el aparato para descolgarlo.

—¿Diga?

CAPÍTULO VI

LA residencia de los Monte-Ragusa en Roma ocupaba toda la planta de un céntrico edificio, antiguo pero regio. Los techos eran altos y los ventanales, muy grandes, parecían estrechos sin serlo realmente.

Aquel edificio, en cada planta, tendría unos palmos menos de altura de techo, pues la altitud del mismo parecía ir en relación con la importancia de sus moradores.

Los espesos cortinajes no dejaban entrar mucha luz en el amplio salón. Ian McLaren, que había visitado varias casas regias en su visita a Italia antes de tomar en Milán el tren de regreso, sabía que en muchas de aquellas grandes residencias era mejor que no entrase la luz en demasía, pues pondría de manifiesto el inexorable paso del tiempo.

Vistiendo un mono completo de color blanco y algo holgado, Maritza Bianca salió a recibirle.

—Hola, Ian. Ahora te presentaré a mi padre.

—Sera un placer conocer al conde Monte-Ragusa.

—Bah, eso de la aristocracia ya no se estila más que para algunas fiestas.

En el salón casi en penumbra entraron tres hombres que le saludaron con una inclinación de cabeza. Ian McLaren reconoció de inmediato al hombre alto que viera en el entierro del general Caballeri y que le había llamado la atención; y en aquel momento supo por qué.

—Estás pensando que mi padre y yo, salvando las lógicas diferencias entre hombre y mujer, nos parecemos, ¿verdad? — le

preguntó Maritza.

—¿Adivinas el pensamiento?

—Es que ha ocurrido en bastantes ocasiones. Mi padre es un hombre muy conocido en los ambientes elegantes de Roma.

—¿Tenía mucha relación con el general?

—Se conocían, ya te lo dije.

Ian McLaren pensó que sería muy interesante conocer toda la historia a fondo. Maritza había estado a punto de quedar atrapada en las garras del general.

El conde Monte-Ragusa regresó junto a ellos y Maritza les presentó.

La mano de aquel hombre se le antojó a Ian McLaren blanda, de poco carácter. Su aspecto físico parecía muy superior a su forma de ser.

—¿De veras era usted amigo del fallecido general Caballeri?

—Le conocí debido a dos entrevistas que me concedió.

—¿En razón de qué, si me permite preguntarlo?

—Estoy escribiendo un libro. No se trata de una novela, es un libro que irá cargado de datos. Un libro para expertos.

—Es profesor en económicas de una universidad americana, pese a lo joven que es, papá. Ha de ser muy inteligente, ¿verdad?

—Supongo que sí lo será. Por cierto, ¿entrevistó al general Caballeri por temas económicos?

—Sí. El general Caballeri estuvo durante algún tiempo en la tesorería del ejército.

—Supongo que no contaría nada sobre las cuentas del ejército a un extranjero, y lo digo sin ánimo de molestarle.

—No, eso no, pero él sabía mucho sobre los canales económicos de Italia, especialmente en sus ramas internacionales.

—Que yo sepa, el general no estaba en ningún consejo de administración bancario, aunque siempre se puede llevar uno una sorpresa.

—Usted sabe muy bien que se pueden utilizar hombres de paja.

El conde Monte-Ragusa palideció un poco más de lo pálido que ya estaba. Aquel hombre vivía en un país de sol pero, salvo contadas ocasiones, no debía recibirlo en el rostro.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Pues que el general controlaba, en parte o totalmente, varios

consejos de administración a través de unos hombres de paja, hombres que hacían lo que él les había dicho con anterioridad que debían hacer, firmaban lo que el general les ordenaba y así se hacía la voluntad del general en no pocos consejos de administración bancarios.

—Es muy interesante lo que me está contando, pero me resulta poco creíble que el general se lo confesara.

—No lo confesó abiertamente. Tuve que darle mi palabra de honor por escrito de que no revelaría la fuente de información. Creo que su arrogancia, su vanidad, hicieron que me contara algunas cosas. Ahora que ya ha muerto me siento relevado de la obligación de ocultar su verdadera personalidad. El general Caballeri pasó por varios puestos donde se manejaban cifras, tesorerías, administraciones, y como era un personaje dotado para ello fue evolucionando y acabó por adquirir más poder en el mundo del dinero que en la propia milicia donde tenía el grado de general y vicecomandante adjunto de la mismísima OTAN.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias.

—Un jerez o un oporto sí lo aceptará.

—Bien, un jerez seco.

—Maritza, ¿puedes servirnos?

—Sí, papá.

La joven se acercó a una vitrina algo alejada mientras el conde Monte Ragusa se acomodaba en una butaca e invitaba a Ian McLaren a que hiciera lo mismo.

—Es muy difícil de creer lo que usted está diciendo, señor McLaren.

—Bueno, usted es libre de creerlo o no, pero yo soy muy estricto con mi trabajo y el libro pasará a las bibliotecas y universidades.

—Sí, claro. Disculpe usted si al expresarme mal he llegado a molestarle.

—No, no me ha molestado en absoluto —respondió Ian.

Aceptó la copa de jerez que le ofreció Maritza, que quedó junto a ellos.

—A los hombres siempre parece interesaros mucho todo esto de la economía.

—Hay mujeres importantes manejando mucho dinero —le

puntualizó Ian.

—El joven tiene razón. Por cierto, ¿el general le dio los nombres de esos supuestos e hipotéticos hombres de paja?

—¿Usted piensa que el general pudo hacerme esa confidencia?

—Pues no lo sé.

—Usted conocía bien al general.

—Le conocía lo justo.

—Pues ha estado en un lugar destacado en su entierro.

El conde Monte-Ragusa volvió a palidecer. Se llevó la copa a los labios parapetándose tras el jerez, bebió y después preguntó:

—¿Ha estado usted en el entierro?

—Sí, he ido a tomar algunos apuntes y a hacer fotografías.

—¿Y cómo ha sabido que he estado allí, si no nos conocíamos aún?

—Yo no se lo he dicho —puntualizó Maritza Bianca.

—Sólo puedo decirle que le he visto en el tercer grupo destacado y ahora me alegro de conocerle personalmente.

—Es usted un buen fisonomista, los rostros humanos no se le despintan.

—Sí, cada rostro tiene algo que le diferencia de los demás. Créame, usted no pasa desapercibido, conde.

—Bien, me esperan en una reunión, joven profesor. Usted terminará siendo todo lo importante que se propone. —se volvió hacia su hija—: Maritza, ¿te veré a la hora del almuerzo?

—Pues no creo, Ian me ha invitado a almorzar.

—Ah, la juventud, a los viejos se les deja de lado. Bien, almorzaré con los amigos, no me gusta comer solo aquí en esta casa donde tantos recuerdos pesan sobre mis espaldas.

Se estrecharon las manos y se alejó del amplio y recargado salón al que los cortinajes de terciopelo, los antiguos y grandes óleos que parecían auténticos y los múltiples dorados le daban un aspecto más de museo que de vivienda confortable

—Has dejado preocupado a papá.

—¿Por qué?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé, no os conocíais pero has dicho que le has visto.

—Me ha llamado la atención porque ambos tenéis algunos rasgos comunes, rasgos que a ti no te afean sino todo lo contrario,

te dan más elegancia.

—Bien. ¿Adónde me llevarás a comer?

Ian McLaren conocía algo de la Ciudad Eterna, pero Maritza, lógicamente, la conocía mucho mejor y fue ella quien eligió el restaurante, la Taverna Ulpia en la plaza del Foro Traiano.

Después de comer, en el coche que pilotaba la propia Maritza se dirigieron a la Via Appia. Lucía un sol triste, un sol invernal. Apenas había turistas, sólo un grupo de monjas que parecían aletear entre las piedras milenarias.

—¿Le has contado a tu padre que nos hemos conocido en el tren donde perdió la vida el general?

—No.

—¿No quieres decirle que yo estaba allí o que estabas tú?

—Mi padre cree que estuve en París para hacer unas compras, pero que fui en avión desde Milán y que luego he regresado.

—Tu padre no te niega nada, ¿verdad? —preguntó algo burlón mientras buscaba los maravillosos ojos color almendra de la muchacha.

—Soy su única hija. Incluso, mi madre murió.

—¿Un aristócrata que aspira a ser sucedido sólo tuvo una hija?

—Y dos hijos más.

—¿Murieron?

—Sí.

—¿Accidente?

—Sí, en Suiza, sepultados bajo un alud de nieve.

—¿Tu padre desconoce las intenciones que el general tenía hacia ti?

Maritza volvió la cabeza y dio unos pasos alejándose del hombre. Este la siguió y pudo oír su respuesta sin llegar a verle la cara.

—Preferiría que no le dijeras nada, y quizás no sea ni necesario que te lo pida, porque es posible que no os volváis a ver jamás.

—A mí me gustaría volver a verle.

—¿Por qué? —preguntó Maritza, volviéndose hacia él interrogante. Sus ojos exigían una respuesta inmediata.

—Si lo veo, significara que sigo saliendo contigo.

—¿Tan importante es para ti salir conmigo?

—He de quedarme unos días en Roma y me gustaría pasarlos a

tu lado.

—¿Unos días, como una diversión? —inquirió, algo desafiante.

—Eres hermosa, cegadoramente hermosa, culta e inteligente, tienes un encanto misterioso, pero yo soy más exigente aún y necesito conocerte mejor. Te pido unos días, no para divertirme sino simplemente para conocerte, ya te lo he dicho.

—¿Y si en ese tiempo soy yo quien te llega a conocer bien a ti?

—Es posible que sufras una decepción.

La joven sonrió, dulcificando la expresión de su rostro.

—Esperaba que fueras más arrogante en tu respuesta.

—De haberlo sido, te habría parecido más infantil, ¿no crees?

—Sí, eso quiere decir que tengo que ir con mucha cautela.

Puso sus manos en la cintura femenina. No pudo estrecharla como hubiera deseado a causa del chaquetón de *renard argenté* que ella llevaba, pero fue suficiente para atraerla hacia sí y besarla en la boca, en aquella atractiva boca sensual mediterránea.

Maritza no le rechazó sino que se entregó a la caricia. Ian supo del sabor, del calor, de la humedad, de la excitación de aquellos labios que había ansiado besar y ya estaban entre los suyos.

Ian McLaren hubiera deseado estar en un lugar diferente y no allí en la Via Appia donde la historia les contemplaba.

Sin dejar de besarla, abrió los ojos y descubrió un coche que se acercaba primero lentamente y luego aceleró. Aunque no era un experto en armas, lo que asomó por la ventanilla abierta le pareció el cañón de una metralleta.

Ian McLaren reaccionó instintivamente. Empujó a la sorprendida Maritza al suelo volcándose sobre ella como si pretendiera violarla. La hizo caer tras una gran piedra cúbica.

Se oyó el tétrico tableteo de una pistola ametralladora «Beretta» 12 S. Las balas de 9 mm «Parabellum» golpearon sañudamente la milenaria piedra, rebotando de ella en todas direcciones.

Aquel ataque en el que se prodigaron las balas duró apenas tres o cuatro segundos. Cuando cesó el tableteo, el coche roncaba furioso alejándose de aquel lugar en dirección al centro de Roma.

—¿Estás bien? —preguntó Ian McLaren a Maritza, incorporándose a medias y dejándole el cuerpo en libertad.

—¿Qué ha sido, qué ha pasado?

—Nos han disparado desde un coche, hemos estado muy cerca

de la muerte.

—Pero, ¿quién, por qué?

—No lo sé, quizás tenga algo que ver con lo que ocurrió en el tren.

—Pero, ¿por qué a nosotros? —insistió la joven, incorporándose con un ligero temblor en los labios. Era miedo, un miedo que estaba aflorando. Maritza iba a caer en una crisis de llanto de un instante a otro.

—Terminaremos por averiguarlo. Ahora, será mejor que nos vayamos de aquí.

Ian McLaren se hizo cargo de la conducción del automóvil de la muchacha y llevó a ésta al hotel. Allí, pidió una botella de champaña. Hubiera sido una estupidez celebrar haber sido atacados bebiendo el espumeante champaña, pero si podían celebrar el continuar vivos.

Ian McLaren deseó que las burbujas de la bebida hicieran su efecto en Maritza, no para poderla seducir mejor sino para ahuyentar el miedo de su hermoso cuerpo, aquel cuerpo que Ian no tardó en besar, pues ella no se opuso a que Ian le fuera quitando la ropa que la cubría, con amor y habilidad.

La calefacción del hotel funcionaba bien, no había frío en la desnudez de los dos cuerpos que se comunicaban rozándose con suavidad y amor, besándose, buscando con los labios y las sensitivas lenguas las zonas erógenas.

De haber apagado los radiadores, ellos ya no lo hubieran notado porque el calor, el fuego, ya estaba en sus ojos, en la sangre que circulaba rápida por sus venas.

Ian se llenó la boca con un seno de Maritza, un seno grande, turgente, vivo y caliente. El pezón erecto parecía querer alcanzar el interior de la garganta masculina.

Con sus uñas bien recortadas y limadas arañó el muslo de Maritza y las piernas se separaron ansiando acogerle. Ian McLaren entró en la morada que se abría para él.

El cuerpo de la mujer se estremeció, gimió de satisfacción. Ian McLaren la acompañó en aquel canto sin palabras que concluyó cuando los cuerpos de ambos quedaron impregnados de un leve y agradable sudor.

La relajante fatiga los dejó tendidos uno al lado del otro,

distendidos, ahuyentadas las crispaciones. Respiraban con tranquilidad mientras un olor a amor les envolvía por completo, llenando la habitación.

Mas, algo rompió el encanto, perturbando con su estridencia. Ambos miraron hacia el teléfono que repiqueteaba inquietante y, sin decirlo, recordaron que los disparos de metralleta dirigidos contra ellos no hacía mucho tiempo que habían tenido lugar. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que la «beretta» tableteará buscando sus cuerpos jóvenes para enviarlos al mundo de la muerte, dos horas? Era demasiada poco tiempo para poder olvidar el acre olor a pólvora que aún debía estar incrustado en sus glándulas olfativas.

CAPÍTULO VII

UN taxi le dejó en el Trastevere. Pese al día invernal, el barrio romano tenía animación. Allí podía encontrarse la verdadera sensibilidad del extrovertido y locuaz pueblo romano.

Dos claxonazos le hicieron volver la cabeza. Un automóvil se detuvo y se abrió una portezuela. Ian Melaren, como si fuera una zorra esperando encochar, subió al vehículo. Cerró la portezuela y el coche aceleró dentro de lo que permitía el tráfico del viejo barrio.

El tipo del cabello entrecano y las cejas oscuras le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Qué ha averiguado? — preguntó.

—¿Yo? Nada.

—¿Nada?

—Siento tener que admitir que soy un novato en esto de la investigación de terrorismo y espionajes.

El tal Gastón Malmaison conducía despacio y consiguió salir del abigarrado barrio junto al río.

—Yo creo que lleva bien la investigación.

—¿De veras? ¿En qué se funda para decir eso, en que han tratado de matarme a tiros con una metralleta?

—¿Cómo dice?

—Que me han disparado con una metralleta cuando me hallaba en la Via Appia.

—¿No resultó herido?

—Por suerte, no; pero he de tomarlo como un aviso.

—Eso me parece magnífico — opinó el francés.

—¿Ah, sí? ¿En la próxima ocasión espera verme tendido en una

de las losas de mármol de la Morgue?

—No, no quiero que le maten. La «agencia» tiene muchas esperanzas en su intervención, pero admita que si le han disparado, eso indica que usted va por buen camino. Si se está trabajando a Maritza Bianca para poder llegar hasta su padre, el camino escogido es bastante bueno.

—¿Por qué? ¿El conde Monte Ragusa era muy importante en la vida del general asesinado?

—El conde Monte-Ragusa es, o mejor, era uno de sus peles, uno de sus hombres de paja.

Ian McLaren tuvo que admitir que eso ya lo había intuido, pero quiso saber más.

—¿En qué lugar clave está colocado el conde?

—En la financiera Tracciare.

—¿Es una entidad usurera?

—Es una financiera para unir dos bancos extraoficialmente. Desde esa financiera se toman muchas decisiones importantes que después grandes bancos acatan.

—¿Me está diciendo que el conde Monte-Ragusa ha enviado a unos pistoleros para matarme?

—Es una posibilidad.

—No la creo.

—Si tiene motivos para no creerlo —replicó Gastón Malmaison, encogiéndose de hombros pero manteniendo una ligera sonrisa en su boca.

—Sí, tengo motivos. La hija del conde estaba conmigo cuando me dispararon.

—Si es así... Bien, yo tenía que comunicarle que hombres de la «agencia» siguen investigando otros cabos de esta madeja.

—¿Sí? ¿Y qué han averiguado?

—Que dos hombres que han cruzado la frontera italo-suiza han gastado algunos billetes falsos.

—¿Traficantes de dinero falsificado?

—Es una posibilidad, pero sospechamos que han sido pagados con moneda falsa, dólares y libras esterlinas falsas sin que ellos lo supieran y ahora están gastando su dinero.

—Hay muchos delincuentes cruzando las fronteras internacionales cada día. ¿Por qué relacionarlos con la muerte del

general?

—El ordenador de la «agencia» los ha identificado como pistoleros de una familia mafiosa venida a menos tras la muerte de su «capo», una familia mafiosa descompuesta hasta tal punto que ese par de pistoleros se pusieron a trabajar por cuenta propia. Se ha sospechado de ellos en varias ocasiones.

—Soy un novato en estos affaires de espionaje y terrorismo, pero me parece que no necesariamente tienen que ver ese par de tipos, aunque sean unos asesinos a sueldo, con el asesinato del general.

Gastón Malmaison parecía dispuesto a mantener toda la entrevista con Ian McLaren dentro del coche, sin dejar de circular por las estrechas y abigarradas calles de Roma.

—Algunos agentes de la «agencia» han descubierto que vienen de la frontera suiza con Francia. Luego pasaron de Suiza a Italia, en la misma ruta que siguió el tren afectado. Ellos pudieron hacer su trabajo y después de cobrar han regresado a su patria. Aquí, que se sepa, no han cometido ningún crimen, excepto, claro, el que están pasando billetes falsos.

—Cuando la policía detecte esos billetes falsos los detendrá porque ellos mismos quizás no sepan que son billetes falsos.

—Puede ser, no estamos seguros de ello. Cuando se enteren de que llevan billetes falsos y no buenos, se van a molestar mucho y querrán pedirle cuentas a quien se los dio.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Entrevistarlos.

—¿Por qué? Ustedes tienen agentes expertos en esos sucios asuntos, yo no soy de la policía, de la CIA ni de la KGB, de nada. ¿Por qué he de ser yo quien se entreviste con ellos?

—Porque la «agencia» no tiene jurisdicción aquí. Usted es un experto economista y puede interesarse mucho por el dinero negro. El dinero sucio y el dinero falsificado, en cierto modo, están bastante unidos.

—No me convence demasiado. Si les pregunto si han sido ellos quienes dispararon una granada de carga hueca contra el tren, se van a reír de mí o van a llenarme de balas, si es cierto que son ellos.

—Usted es un tipo inteligente, tome sus precauciones. Además, no vaya al grano. Si ellos dispararon la granada contra el tren, debieron hacerlo por encargo de alguien y a la «agencia» nos

interesa saber quién es ese alguien, sea persona o entidad. Ellos pueden conducirnos a los verdaderos enemigos del general, a quienes desearon su muerte y a quienes pagaron para que muriera.

—De todos modos, yo no estoy metido en los ambientes donde esos tipos deben vivir.

—La «agencia» le proporcionará los datos correspondientes. Usted ha de aparecer siempre como un profesional liberal que trabaja por su cuenta.

El misterioso Gastón Malmaison detuvo su coche a doble fila y miró hacia un club nocturno que tenía un rótulo que proclamaba su nombre, «Calígula».

—Esos tipos suelen venir por aquí. Aún no han llegado, pero sería muy posible que esta noche lo hicieran, dispuestos a gastar una parte del dinero cobrado hace muy poco, un dinero que posiblemente aún no sepan que es falso. Quizás no vengan esta noche, quizás lo hagan mañana.

—O quizás nunca — replicó Ian McLaren.

—Sí, es una posibilidad —admitió Gastón Malmaison—. De todos modos, hay agentes de observación al servicio de la «agencia» que averiguarán en todo momento dónde se hallan y a usted le informaremos adecuadamente.

—¿Y por qué no hacen la denuncia a la policía?

—Se hará a su debido tiempo, cuando tengamos datos ciertos, no antes, sería confundir las investigaciones de los profesionales de diferentes países. Como usted se dará cuenta, estamos todos metidos dentro de un avispero.

—Por lo que sé, hay avisperos capaces de matar a un burro. No quisiera ser yo el que fuera a morir.

Gastón Malmaison sonrió fríamente.

—Usted es de los que saben cuidarse, pero, por si acaso, tenga esto.

Le entregó algo pesado envuelto en un pañuelo de cuello rojo oscuro. Por el peso y la forma, Ian McLaren dedujo inmediatamente que era una pistola.

—No la quiero.

—Créame, es mejor que la tome, puede tener problemas. Si no quiere herir a nadie, le bastará con disparar al aire y, no tema la numeración está borrada por completo. En cuanto a las huellas

digitales, no tiene, ni en sus piezas interiores. Meta la culata en una bolsa de plástico fino y no dejará huellas. Dispare al aire y le respetarán, podrá salvar su vida, sólo debe tener un poco de cuidado.

Ian McLaren vaciló. Al fin tomó la pistola sin desenvolverla del pañuelo y la dejó caer dentro del bolsillo de su gabán.

—Creo que me estoy metiendo hasta el cuello en un pozo negro y huele muy mal.

—Los asuntos de espionaje y contraespionaje y añada terrorismo, siempre huelen mal. Todos los que están metidos en ellos están pringados de mierda. Ah, que no se me olvide, tenga estas fotocopias.

De la mano del misterioso francés, Ian McLaren tomó dos fotocopias tamaño carnet. Cada una de ellas tenía una fotografía y unos datos.

—¿Son ellos?

—Si, Stephano y Michel. Son unas malas fotografías, pero le serán muy útiles. Cuando ambos sepan que el dinero es falsificado, querrán colaborar aunque sea con el mismísimo diablo para vengarse. Ahora ya puede apearse y suerte.

Ian McLaren salió del coche y el francés se alejó sin prisas pero con seguridad. El joven profesor dudó incluso de que las placas de matrícula de aquel vehículo fueran auténticas.

CAPÍTULO VIII

STEPHANO bebió el vaso de vino que tenía delante sobre la tosca mesa de madera. Unos ojos grandes, redondos, demasiado fijos para parecer inteligentes, estaban clavados en él. Eran los ojos del abuelo, un viejo de noventa años que no parecía tener fuerzas ni para cerrar los párpados.

A través de una ventana, unos niños le observaban a distancia. Stephano gruñó primero y chasqueó la lengua después. Oyó voces, voces de discusión entre un hombre y una mujer. Sabía que no debía dar demasiada importancia a aquellas voces.

—¿Qué, abuelo, cómo han ido este año las calabazas?

A Stephano le pareció que el viejo de noventa años tardaba siglos en responderle, pero al final lo hizo, mostrándole una boca completamente desdentada.

—A mí me gustan las calabazas asadas.

—Y a mí —respondió Stephano, encogiéndose de hombros.

Los niños rieron, como si a través del cristal adivinaran lo que había dicho el anciano.

Al fin, apareció Michel y tras él, una mujer gorda que parecía su madre pero que era su esposa. Se veía muy furiosa, no cesaba de lanzar imprecaciones.

—Descuida, ya volveré dentro de unos días. ¿Acaso os falta algo? Dilo, dilo... ¿Os falta de algo? *Porca vita* la mía... Eh, Stephano, que se enfría el coche, tenemos que irnos cuanto antes.

—¡Adiós, abuelo!

—A mí me gustan las calabazas asadas —repitió el anciano con más rapidez, como si hubiera aprendido la lección.

El motor del coche roncó con fuerza y se alejaron de la casa rural levantando una gran polvareda. Era invierno, pero allí no parecía haber llovido desde hacía tiempo, la tierra se veía blanquecina.

—Oye, Michel, ¿por qué no envías al diablo a la parentela?

—No sé, será por las raíces que debieron crecerme en los pies cuando era un joven.

—Pues si a tu mujer la metes en la porqueriza y le quitas la ropa, no sé qué será peor, si tirársela a ella o a una cerda — dijo Stephano, echándose a reír estentóreamente.

—Ten cuidado, hay bromas que no las aguanto.

—No vayas a molestarte ahora, hombre. Esta noche podemos divertirnos a lo grande en el «Calígula». Allí nos esperan las mejores *bambinas* de Roma. ¿Es que vas a comparar a Cinty, a Tina o a cualquiera de las que hay allí con tu mujer?

—Ellas son unas putas y mi mujer es honrada.

—No me extraña que lo sea. Hay honras que no tienen mérito alguno. Por cierto, ¿qué has hecho con la «pasta»?

—Guardar una parte. No quiero tener un mal tropiezo y perderla toda. Hay que mirar por el futuro, tengo muchos planes y más ahora que nos van a llover los buenos encargos.

—¿Y te fías de tu mujer?

—Mi mujer no sabe que he dejado dinero guardado en la casa.

—¿Tienes un buen escondite?

—Sí, sólo puedo encontrarlo yo. Ni tú lograrías encontrar lo si yo muriera.

—¿Me estás adviniendo de que no vale la pena que te mate? — se rio Stephano.

—Es mejor que sepas que yo hago las cosas con mucha cabeza. A mi mujer le he dejado dinero italiano, liras, sólo liras. Si le dejara libras esterlinas o dólares, es capaz de colgarlos del clavo que hay en el retrete de la casa, ya puedes imaginarte para qué.

—¿Para limpiarse el culo? —se echó a reír de nuevo—. ¿Es que aquí no llegan los rollos de papel higiénico?

—Eso es un lujo que todavía no está al alcance de mi mujer. No conviene cultivarla demasiado.

—Podría volverse demasiado exigente, ¿eh?

Stephano siguió riendo. Michel alargó su mano para mover el

volante cuando estuvieron a punto de chocar contra un camión.

—Mira que eres idiota. Si conduces así, nos vamos a matar. Mejor será que te pares y que conduzca yo. Te has reído demasiado y las lágrimas te enturbian los ojos.

Stephano obedeció y tras secarse los ojos, dijo:

—Es que a mí eso de tener tanto dinero me produce mucha euforia, me río por nada. Verás esta noche, me cepillaré a tres seguidas y mañana, todas hablarán de mi proeza.

—Como no te ates el palo de una escoba, tú no puedes ni con la primera. Anda, déjame.

Michel prosiguió la ruta llevando él el volante.

—Eso de cobrar en divisas sin que pasen por la banca, es muy bueno —opinó Stephano—. No hay que guardar el dinero en el banco, los dólares se revalorizan solos, no ocurre como con las liras, que cada día valen menos.

—No pensarás ir siempre con tu dinero de un lado para otro.

—Yo también lo esconderé bien y no dentro de un coche que puede incendiarse. Tengo planes, Michel, de veras los tengo, pero yo no veo mi futuro cuidando cerdos.

—Y yo tampoco. Cuando yo quiera, mi mujer se morirá y me casaré con la *bambina* que más me guste y seré un «padrino» del pueblo que yo elija. Lo tengo bien pensado, pero hay que hacer el trabajo con cuidado. El dinero es imprescindible para convertirse en el cacique de un pueblo, porque yo no pienso ser pistolero a sueldo por mucho tiempo. Es un trabajo demasiado peligroso.

Pasaron a una carretera general y de ella, a una autopista.

Por el cuidado asfalto se lanzaron a gran velocidad en busca de la capital de los Césares.

Ya en Roma, metieron el coche en un viejo taller donde había bastantes herramientas, muchas de ellas oxidadas y otras gastadas. Debía haber sido un viejo taller de reparaciones que ya no funcionaba como tal, pero que a los sicarios les servía para reparar sus propios vehículos, cambiarles el color de la chapa o simplemente las matrículas.

—Ve arriba y dale al calentador —ordenó Stephano—. Quiero bañarme con agua caliente y sales. Esta noche oleré a rosas. Me pondré ropa limpia y beberemos champaña, habrá fiesta por todo lo alto. Por ahí encontrarás algunos enlatados.

—Yo he traído pan. Me parece buena idea comer algo, estoy hambriento. ¿Hay algo que beber?

—Cervezas. Si las metes pronto en el congelador y lo pones a tope, no nos las bebemos heladas, pero tampoco calientes: después de todo, hace frío.

—Prefiero vino. A las *bambinas* del «Calígula» no les gusta que huelas a cerveza.

—De acuerdo, también encontrarás vino. Ahora estoy contigo.

Michel se alejó. Conocía muy bien aquel refugio que ambos utilizaban, aunque era propiedad de Stephano.

Cuando Stephano se reunió con Michel, ya no llevaba el maletín del dinero consigo. Michel sonrió y le preguntó:

—¿Lo has escondido bien?

—Seguro que sí. No lo van a encontrar ni los ratones.

—Es buena cosa que nos fiamos el uno del otro, Stephano.

—Sí, claro que nos fiamos.

Michel abrió latas e iba comiendo de lo que contenían sin esperar a repartir en un plato. Sus labios rezumaban aceite y el borde del vaso de vino que se había servido también estaba grasiento.

—Juntos podemos seguir ganando mucho dinero. Sabemos hacer muy bien este trabajo. ¿Qué ganaríamos quitándonos el dinero el uno al otro si juntos podemos ganar mucho más?

—Seríamos idiotas si lo hiciéramos. Si yo puedo dormir con los dos ojos cerrados porque me fio de ti, viviré más tiempo.

—Y yo también. Toma.

Echó en un plato sardinas de lata, jamón de york, atún aceitoso y unas alubias que no habían sido ni calentadas. Con un tenedor retorcido. Stephano lo agitó todo, mezclándolo y comenzó a comer.

Con la boca llena preguntó a su compañero de fechorías:

—Sí, estoy seguro. Querrán eliminar a otros como el general Caballeri y lo bueno es que nos lo planean todo.

—Pero, has de admitir que nos lo ponen difícil —replicó Stephano con la boca llena, casi gruñendo como un cerdo—. Con el avión de juguete, yo tenía los cojones en la garganta.

—Pues yo creía que no te importaba nada.

—De noche, sin luna, con lucecitas pequeñas... En varias ocasiones creí que nos íbamos a dar contra algún árbol

—Pero, todo fue bien. Por cierto, ¿sabes qué hice yo?

—¿Cuándo?

—Cuando volábamos sobre una casa que tenía luces encendidas.

—No.

—Me bajé la cremallera de la bragueta y oriné sobre ella.

Se echó a reír. Stephano también rio y ambos, para tragar lo que parecía iba a escapárseles de la boca, tuvieron que vaciar sus vasos de vino.

Cuando llegó la noche, ambos se habían transformado. Vestían trajes bien cortados aunque algo pasados de moda, pañuelos blancos en los bolsillos superiores de las respectivas chaquetas y olían intensamente a colonia.

CAPÍTULO IX

EL club «Calígula» podía decirse que estaba dividido en áreas o zonas de luces.

La larga barra estaba iluminada con luz roja y, en consecuencia, el color de los rostros cambiaba. Las mesas tenían en su centro un pomito de flores luminosas que, lógicamente, eran bombillitas de colores que servían como puntos de luz para saber dónde estaban las mesas, sin iluminar alrededor. Después estaba la pista en la cual predominaban los haces de luz que disparaban cañones situados a distancia. También había una batería de focas controlada por ordenador.

Ian McLaren llegó pronto. Se encaramó a un taburete frente a la barra, muy cerca de la entrada, y no porque tuviera miedo de que se prendiera fuego al local y así tener tiempo de huir, sino simplemente porque quería controlar los rostros de cuantos entraban y salían.

—¿Me das fuego, guapo?

Ian McLaren pensó que la mujer que acababa de acercársele tenía una terrible falta de imaginación. Se volvió, vio un cigarrillo y tras él, un rostro hermoso. Posiblemente, aquel rostro no resistiría bien la luz del día, pero había que admitir que la luz roja le favorecía, dándole un aire misterioso y enigmático.

Luego, unos finos tirantes rojos y un escote que terminaba en los mismísimos pezones. Un collar con cuentas de cristal de roca reflejaban la luz y caían por el centro de los senos.

Raspó un fósforo en el sobrecito y la punta del cigarrillo ardió por un momento, uniéndose a la llama del fósforo. La punta quedó

encendida. Los ojos de la mujer penetraban entre los ojos del hombre como para adivinar lo que pensaba.

—¿Me convidas a algo?

—¿Te vas a beber un whisky?

—Y champaña también si me invitas.

—Estoy esperando a unos amigos. De todos modos, ¿por qué no? Tú te lo mereces, preciosa —dijo en un italiano macarrónico como pensarían cuantos le oyeran.

—¿Yanqui?

—Británico.

—Uau, un tipo serio ¿eh? Paolo, champaña para nosotros —pidió ella.

El camarero asintió con la cabeza y sonrió. La bella joven de la barra parecía haber pescado un buen cliente.

El descorchado sonó ruidoso, había que contagiar a otros clientes para que también pidieran su botella.

—Eres muy rumboso —le dijo ella con la copa en la mano.

—Supongo que son los viejos los que convidan a champaña —comentó él, como disculpándose.

—No creas, todo depende del dinero que se tenga en la cartera. Tú ni siquiera has preguntado el precio de la botella. Imagino que has venido con libras esterlinas y no liras para pagar.

—Me caes bien y siempre es agradable beber una botella acompañado de una mujer bonita.

Cambiaron algunas frases, al propio Ian le parecieron tonterías propias de la situación. Ella, sentada en su taburete, había apartado sus rodillas para hacerlas chocar contra las piernas del hombre, y también separó sus piernas, como invitándole a pensar en futuros placeres.

Ian no era inmune a las sugerencias y coqueteos femeninos, máxime cuando eran tan claros como los de aquella mujer vestida de color rojo.

La chica de alterne debía entusiasmarse con el británico porque, además de demostrar que tenía dinero para invitar a champaña francés, era alto, joven, atractivo y por si fuera poco, culto. Estaba muy lejos de ser un bruto de los que creían que por tener dinero para invitar podían sobarlas groseramente incluso en público.

Ian McLaren jugueteaba con aquella chica para ganar tiempo y

que si alguien se fijaba en él lo vieran como un cliente amable e interesante, pero McLaren no perdía de vista a quienes entraban en el local.

De pronto, una vaharada a colonia, mezclada con un fuerte olor a tabaco de cigarro que no podía salir del cigarrillo de la muchacha que tenía a su lado, le hizo volver la cabeza. Descubrió a dos hombres muy sonrientes. Parecían muy felices, dispuestos a disfrutar de los placeres de Baco y de Venus hasta que saliera el sol.

—Eh, Paolo, ¿dónde está Topolina? —preguntó uno de los recién llegados.

—Tiene que actuar ahora —respondió el hombre de la barra.

—Sírreme una de tus mezclas para beber que refresque. Tengo la garganta reseca.

—Voy a ver qué ganado tienes por aquí —rezongó el otro—. ¿Hay chicas nuevas?

—Sí, la de rojo —señaló el camarero.

Ian, con la copa en la mano y mirándole con una sonrisa de complicidad, preguntó:

—¿Qué te pasa, Stephano, te gusta la chica?

La mirada de Stephano pasó de la mujer a Ian McLaren. Los ojos del italiano pasaron de ser lascivos e inquisitivos a amenazadores. Su compañero Michel no se había percatado de la situación. Se había alejado entre las mesas buscando una cerca de la pista para ver aparecer a Topolina que parecía ser su favorita, una mujer posiblemente muy distinta a la que había dejado en la casa de ambiente rural.

—¿Nos conocemos de algo?

—Puede —respondió Ian McLaren, vago y enigmático.

—¿Quieres hacerte el gracioso? —preguntó Stephano.

—Creo que tenemos algo que hablar.

La chica de rojo les miró a ambos y volvió a empujar con sus rodillas las piernas de Ian. Su elección estaba hecha. Sin duda prefería al inglés.

—Tú no eres italiano, tienes un acento que apesta —gruñó Stephano.

—Me temo que tú y Michel estáis en problemas.

Aquellas palabras no gustaron a Stephano cuyos ojos chispearon y aún no había bebido alcohol aparte del que tomara para cenar en

forma de buen vino.

—De modo que estamos en problemas, ¿eh? ¿Y tú qué sabes?

Ian McLaren se volvió hacia la chica que parecía empeñada en conquistarlo. Los pezones de sus hermosos pechos ya asomaban por el escote. De haber intentado Ian acariciar aquellos pechos con sus manos o con los labios, ella no se habría opuesto, todo lo contrario, le habría atrapado la cabeza con las manos para que siguiera y siguiera acariciándola, claro que aquella mujer no sólo ofrecía sus pechos a Ian McLaren, sino a todo aquel que quisiera tomar su cuerpo, única y exclusivamente cuidado para el placer.

—Vamos, nena, lárgate, luego ya veremos con cuál te acuestas —le dijo Stephano con su grosería habitual, una grosería que el traje bien cortado y el intenso olor a colonia no conseguían disimular.

La chica de alterne comprendió que sus encantos, pese a ser muchos, abundantes y bien distribuidos, no bastarían para imponer su voluntad y sus caprichos.

Levantó la copa de champaña y la bebió hasta consumirla. Se alzó después hacia el rostro de Ian, lo cogió entre sus manos y le aplicó un beso boca a boca con el que le dio su alma, su aliento y pretendió succionar de él toda su masculinidad para conseguir estremecerse toda ella.

Ian no supo cómo pero se encontró con los pechos de la chica llenando sus manos; sin embargo, en aquel momento, debía enfriar su sangre. Sus problemas podían ser muy trágicos enfrentándose con aquel mafioso que aspiraba a ser cacique de algún pueblo.

—*Ciao*, agita la mano cuando quieras que vuelva por ti —se despidió la chica del vestido rojo.

—Parece que las vuelves locas —comentó Stephano, cargando su voz de celos y amenazas.

Ian McLaren no le hizo ningún caso.

Con la copa en la mano y la botella medio llena, no invitó a beber al italiano.

—Me parece que buscas problemas, tío.

—Quizás lo que pretendo es ahorrártelos.

—¿Ah, sí? Empiezas a parecerme gracioso.

—Cuando quieras buscarme, me encontraras en el hotel Mazzini.

—¿Y por qué te he de buscar? Te advierto que si eres maricón, a

mí no me van.

Ian McLaren prefirió pasar por alto lo que parecía un insulto.

—Te han pagado el trabajo con billetes falsos.

Stephano se puso pálido.

—¿De qué estás hablando?

—De billetes extranjeros, dólares, libras esterlinas. Si los vas repartiendo, la policía terminará por echarte el guante y te va a ser muy difícil explicar de dónde has sacado billetes falsos.

—¿Qué sabes tú de mí?

—Que repartes billetes falsos y que vas a tener problemas dentro de muy poco. Tú y tu socio Michel, claro.

—Tú sabes demasiado, amigo —gruñó entre dientes, con voz ronca, acercando su mano a la sobaquera donde se percibía un bulto muy significativo.

Ian McLaren le advirtió:

—Es mejor que no saques la pipa, yo sólo te estoy previniendo.

—¿Y quién demonios eres tú?

—Alguien que está metido en muchos rollos. Me he enterado de que vosotros tenéis billetes falsos y quizás me interese comprarlos a buen precio: pasarlos a otros países sería asunto mío, claro.

Aquella oferta de compra de los billetes supuestamente falsos, Ian McLaren ya la tenía preparada. No convenía que los dos pistoleros a sueldo recelaran excesivamente de él. Por otra parte, él tampoco podía interrogarlos de forma directa. Si aquel pistolero se veía acorralado, no dudaría en sacar la pistola y comenzar a tiros con quien se le pusiera delante.

Ian se volvió hacia el camarero y le preguntó:

—¿Cuánto debo?

El camarero miró la botella de champaña y respondió:

—Cincuenta mil liras.

—¿Le importa que le pague con moneda extranjera?

—¿Qué moneda?

—Libras esterlinas.

—Oh, no, claro que no me molesta —aceptó el camarero.

Ante los ojos atónitos de Stephano, Ian McLaren pagó con libras esterlinas.

Stephano quedó tan desconcertado que le dejó marchar. Luego, como queriendo reaccionar, dio un paso hacia la salida en pos de

Ian McLaren, pero cambió su decisión instintiva por la de volverse hacia la pista en busca de Michel mientras la chica del vestido rojo suspiraba, frustrada por la desaparición de su extranjero.

CAPÍTULO X

SE enfrentó a la puerta. Era de madera y tan oscura que parecía que en vez de haber sido barnizada la hubieran pintado de negro. Era una puerta enorme y tan sólida que más parecía la puerta de un palacio ministerial que de una vivienda particular.

Apareció una mujer alta y magra, con cara sombría y vestida de oscuro. Ian McLaren pensó que debía ser difícil convivir con una mujer de semejante talante.

—¿Qué quiere?

—He venido a ver al conde. Dígale que soy Ian McLaren.

Le hizo pasar al vestíbulo y luego, se alejó.

Ian suspiró cuando vio aparecer al conde Monte-Ragusa en vez de a la mujer que debía ser su ama de llaves o algo por el estilo, pues no tenía cara ni aspecto de ser la primera vedette del Follies Bergere o del Crazy Horse

El conde Monte-Ragusa había sido educado desde la mismísima cuna, era un hombre cuidado en todos los sentidos. La grosería, lo altisonante, debía molestarle profundamente, pero en él no se adivinaba un gran carácter.

—Ah, es usted, señor McLaren. Siento decirle que Maritza no está en casa y, la verdad, no sé dónde está, suele viajar mucho, es una mujer muy libre. Hay ocasiones en que creo que está leyendo un libro en su estudio, pero suena el teléfono y es su voz diciéndome que está en Alemania, en los Estados Unidos o quién sabe dónde.

—Sería un placer para mi ver a su hija, conde, pero resulta que con quien quiero hablar es con usted.

—¿Conmigo, seguro? —insistió, como muy sorprendido. Sin embargo, Ian McLaren descubrió en los ojos del aristócrata una mirada huidiza, no cabía duda.

—Si no le importa dedicarme unos minutos.

—No dispongo de mucho tiempo, me están esperando, pero si sólo se trata de unos minutos, haga el favor de pasar.

Le llevó al gran salón donde las miradas se perdían entre los pesados cortinajes y los grandes óleos colgados de las paredes.

—Conde, he sabido que es usted un hombre importante en la financiera Tracciare.

—¿Desea pedir un crédito personal?

—No, no se trata de ese asunto.

—¿De qué, entonces? —preguntó el conde buscando su pitillera de oro. Había nerviosismo en su mano, que tembló; pese a ello quiso mantener un autocontrol y ofreció la pitillera abierta a Ian, que tomó un cigarrillo.

—El general Caballeri, en el mundo del dinero, me refiero a dinero a lo grande, se movía muy bien en las sombras. Él sólo parecía preocupado de su alto cargo en la NATO, pero al mismo tiempo manejaba las finanzas de varios bancos y financieras utilizando para ello hombres que obedecían ciegamente sus órdenes.

—Bah, no lo creo, son habladurías. Siempre se cuentan historias de esa clase de todos los hombres importantes.

—Sí, se cuentan muchas historias, pero algunas, por increíbles que parezcan, son ciertas. Usted, conde, era muy amigo del general Caballeri.

—Creo que ya hablamos de eso el otro día. ¿Tiene alguna importancia?

Ian aspiró el humo del cigarrillo con fuerza y apoyó bien la espalda en la recargada butaca. Parecía estar en su propia casa, al contrario que el conde que permanecía sentado sin apoyar su espalda en el respaldo de grueso terciopelo.

—Conde, tiene usted poco tiempo para perder conmigo y yo también tengo prisa. ¿Por qué no somos claros ahora que el general Caballeri ha muerto? ¿Acaso teme a su fantasma?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—El general le utilizaba a usted para imponer sus decisiones en

los consejos de administración de la financiera Tracciare que, a su vez y en la sombra, controlaba las decisiones de dos importantes bancos.

—Lo complica usted demasiado.

—¿Le movía a usted, sí o no?

—No tengo por qué responderle. Además, mi tiempo se ha terminado.

El conde se puso en pie dando por terminada la entrevista, pero Ian McLaren continuó sentado, fumando con indolencia.

—Será mejor que se siente de nuevo, conde, yo no he terminado. Por cierto, ¿le contó su hija que el general Caballeri presionaba sobre ella?

—No entiendo. ¿Qué trata de decir?

—Pues que algo debió contarle él a Maritza para obligarla a subir al tren en Milán dirección París. El mismo tren donde fue asesinado el general.

—¿Trata de decirme que mi hija está complicada en el sabotaje?

—No, no lo creo, pero el general trataba de someterla a sus deseos. ¿Le parece poco, conde?

—Está bien, se lo preguntaré a ella y creo que ése es un tema en el que usted no debe inmiscuirse.

—Resulta que Maritza me gusta, conde, me gusta mucho, pero ella es una buena hija y vive pendiente de lo que pueda ocurrirle a su padre.

—¿Está insinuando que por mi causa estuvo a punto de pasar por una situación desagradable?

—Más que desagradable, conde, humillante y vejatoria. Una mujer puede amar a un hombre y entregarse completamente a él, pero cuando se ve sometida en contra de su voluntad, la cosa se convierte en una violación criminal. Hay tipos como el general que emplean la extorsión, el chantaje, la amenaza en suma. Vamos, conde, dígame qué es lo que el general podía utilizar contra usted.

—¿Pretende que yo le cuente mi vida y mis problemas? Me temo que se ha equivocado usted al venir aquí.

—No me he equivocado, conde. Al general lo mataron unos terroristas, y unos cuantos agentes de la policía y del mundo del espionaje de varias naciones merodearían por su casa si yo hablase.

—¿Me está amenazando?

—Vamos, conde, no pretendo ser impertinente, ya le he dicho que amo a su hija y me interesa mucho protegerla. Dígame, ¿qué tenía el conde contra usted para utilizarlo como amenaza?

—¡Márchese, márchese de mi casa! —exclamó, ya furioso.

—De acuerdo, no voy a insistir, no me gusta hacerme el pesado.

—Aunque a usted le parezca que no lo es, ha conseguido irritarme.

—Estoy tratando de ayudarle, pero necesitaba la verdad y hubiera preferido que saliera de su boca.

—Márchese, yo no tengo nada que contarle.

—¿Qué le ha ocurrido, conde, le han aplicado la ley del silencio? ¿Es usted un miembro de la Mafia de las grandes finanzas?

Ian McLaren tuvo que marcharse de la casa.

El conde Monte Ragusa había quedado con el rostro pálido y desencajado. Aquel hombre tenía miedo, mucho miedo.

No había dicho nada, pero su actitud era suficiente para delatarle.

Ya en la calle, Ian tomó un taxi. Levantó la mirada y vio la cabeza del conde tras los cristales. No le cupo ninguna duda de que aquel hombre estaba acorralado, y lo sintió por Maritza. Cuando el conde le hablara en contra de él, posiblemente ella no querría verle más.

Se dirigió al hotel, tenía poco o casi nada conseguido. Stephano y Michel eran su única baza, si es que iban a verle al hotel, y quizás, en vez de venderle los dólares y libras esterlinas falsas, fueran a matarle pensando que él tenía algo que ver con lo que les había sucedido, si es que era cierto que en sus bolsillos tenían muchos billetes falsos.

Aquellos hombres acostumbrados a usar la pistola no iban a perdonar un engaño de semejante calibre. Por otra parte, Ian McLaren no podía seguirlos por Roma, estaba solo y dentro de una ciudad que conocía poco.

¿Qué diablos querría de él la enigmática «agencia»?

Cuando pedía la llave de su habitación en el hotel, una voz conocida le obligó a volverse de inmediato.

—Ian.

—¡Maritza!

Instintivamente miró alrededor. Sabía que era muy peligroso

estar en el hotel. Si los mafiosos se sentían engañados, terminarían apareciendo por allí y lo que podía ocurrir resultaba imprevisible, por lo que quería afrontarlo él solo.

—¿Qué buscas, pasa algo? —preguntó la joven, percatándose de la inquietud de él.

—Guarde la llave de nuevo — le pidió al conserje. Pasando la mano por la espalda, la sacó del hotel.

—Será mejor que demos una vuelta.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió la muchacha.

Ian siguió sin responder a sus preguntas.

—¿Dónde tienes tu coche?

—En el parking del hotel, aquí al lado.

—Pues vamos a buscarlo.

Maritza también miró alrededor con cierto miedo, no podía olvidar el ataque sufrido en la Via Appia. En aquella ocasión habían tenido mucha suerte, pero quizás esa suerte no se repitiera.

Maritza se puso al volante de su automóvil, un modelo deportivo pero de pequeñas dimensiones. Recorrieron la rampa de salida del aparcamiento con un fuerte y sonoro acelerón y luego saltaron al asfalto, alejándose con rapidez.

Cuando Ian McLaren volvió la cabeza, observó a todos los coches que circulaban tras ellos. Roma era una ciudad caótica en cuanto a tráfico se refería, una ciudad con millares de señales de tráfico que muchos romanos se saltaban sin el menor pudor y Maritza también era romana.

—¿Ocurre algo?

—Creo que nos siguen —dijo Ian.

—¿Quién?

—Todavía no lo sé. Llevan cristal coloreado y además les da el sol.

La joven pisó a fondo el acelerador. El motor del deportivo roncó con fuerza y comenzó a fintar a otros coches, rebasándoles.

Ian McLaren comprobó entonces el machismo de muchos romanos. Ellos no podían tolerar que una mujer les rebasara con su coche y se inició una estúpida competición que terminó por bloquear el tráfico.

Dos automovilistas chocaron con sus vehículos sin que Maritza se viera involucrada en la colisión. Los dos romanos comenzaron a

insultarse mutuamente y se organizó un concierto de bocinas, pues se formó un impresionante tapón viario mientras los dos individuos que habían chocado entre sí discutían a voces teniendo como fondo los cláxones.

Una sombra se acercó por el lado de Maritza y se produjeron unos golpes en el cristal. Cuando la joven se volvió, vio que le apuntaban con una pistola.

—¡Ian!

Ian McLaren salió del coche. En el lado opuesto había un hombre que escondía su rostro tras unas anchas gafas oscuras, pero le reconoció como a Michel, uno de los pistoleros.

Rodeó el coche y fue a por él. Michel le apuntó con el arma.

—Si no le dices a tu chica que baje, la mato y luego te mato a ti.

—Eres un estúpido. Le dije a tu compañero que podríamos negociar. ¿A qué viene esto ahora?

Michel no parecía dispuesto a bajar su arma, pero en aquel momento llegó un coche patrulla haciendo ulular su sirena. Tenían que imponer la paz entre los dos romanos que habían colisionado y que seguían discutiendo a voces.

Michel se alejó guardando su arma. No quería problemas con la policía.

Maritza hizo un par de maniobras muy rápidas, con mucha decisión, y metió el coche entre dos vehículos estacionados junto a la acera, haciendo subir a su deportivo de gran potencia sobre la acera.

Ian abrió la portezuela y logró meterse dentro mientras Maritza rondaba por la acera. El escándalo de las bocinas continuaba y a ellas se había unido la sirena del coche patrulla que no lograba llegar al lugar afectado. Tres agentes de uniforme saltaron del patrullero para acercarse a los dos coches averiados.

Habiendo dejado ya atrás el tapón vial, Ian McLaren le dijo a Maritza:

—Eres una excelente conductora.

—¿Quién era ese hombre de la pistola?

—Me temo que un asesino a sueldo.

—¿De la Mafia?

—Posiblemente. No sé si ahora trabajan por cuenta propia.

—Pero ¿por qué querían que yo saliera del coche?

—Me temo que querían raptarte.

—¿Por qué?

—No lo sé del todo, quizás tú puedas decirme algo.

—¿Yo? —preguntó ella, mirando por el espejo retrovisor. Ya nadie les seguía.

—Sí, he estado hablando con tu padre. He sido un poco duro con él, lo admito.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad, que el general Caballeri quería abusar de ti, someterte a sus deseos utilizando una amenaza que pendía sobre tu padre.

—¿Eso le has dicho? —inquirió, muy pálida.

—Sí, y me ha echado de su casa, pero era bueno que supiera que lo que él haya podido hacer no debe pagarlo su hija.

Maritza pisó el freno con violencia y las ruedas chirriaron espectacularmente.

—Bájate del coche.

—Pero, Maritza...

—¡Bájate!

—No me apeo, ya estoy harto de que ocultéis la verdad.

—Tú no eres nadie para inmiscuirte en nuestras vidas —le replicó, furiosa.

Con el rabillo del ojo, Ian vio a un agente de la policía que se acercaba a ellos tras el espectacular frenazo en mitad de la calle.

Se volcó sobre Maritza y la besó en los labios, pese a la furiosa reacción de la mujer. La sujetó como pudo e incluso sintió que los dientes de ella le mordían los labios.

El policía golpeó en los cristales del coche y fue entonces cuando Ian dejó de besarla. Bajó la ventanilla e interrogó al agente en inglés, lo que dejó a éste un poco desconcertado.

—Papeles, documentos —le pidió.

Antes de que Maritza sacara su documentación, Ian mostró su pasaporte británico. El policía asintió con la cabeza y con una sonrisa pidió:

—Circulen, circulen.

La joven se vio obligada a reanudar la marcha.

—Eres odioso, Ian.

—Tenemos que hablar con claridad y será mejor que me cuentes

lo que sabes. Ya te habrás dado cuenta de que nos están persiguiendo. No querrás que maten a tu padre a tiros, ¿verdad?

—¿A mi padre?

—Bueno, ya mataron al general. Han disparado sobre nosotros y ahora puede tocarle la china a tu padre.

Maritza estacionó su coche junto a unos jardines. Quitó el contacto, volcó su cabeza sobre el volante y comenzó a sollozar.

Ian le pasó la mano por el espinazo, confortándola, tranquilizándola en silencio. Maritza tenía que desahogar toda la congoja que la abrumaba, una pesada carga que había tenido que soportar desde que el general Caballeri la llamara por teléfono para imponerle su voluntad bajo amenazas.

—El general Caballeri era un maldito, un indeseable, un granuja sin escrúpulos —comenzó a decir Maritza sin que Ian la interrogara—. Mi padre siempre ha sido un hombre de buena presencia, magníficamente relacionado pero débil de carácter. Se ha dejado engañar en varias ocasiones en negocios financieros y fue arruinando la fortuna de la familia, tenía más gastos de los que podía soportar. Desde la niñez estaba acostumbrado a vivir con el rango de la familia Monte Ragusa. Mi padre perdió su dinero y fue hipotecando todas las propiedades, incluso la casa. Cuando se dio cuenta, estaba acorralado, pero todas las hipotecas y pagarés ya estaban en manos del general Caballeri, con el que mi padre no había tenido otros tratos que los de amistad.

—¿Y entonces lo extorsionó?

Ante la pregunta de Ian, ella respondió sin mirarle:

—Le dijo que no tenía que preocuparse de sus deudas si contactaba con las gentes que él le pidiera. Tenía que aceptar capitales para una financiera de la que fue nombrado alto consejero. A partir de ese momento, mi padre no hacía otra cosa que ejecutar las órdenes que el general le daba por teléfono o en encuentros fortuitos que no lo eran, claro está.

—Entiendo. El general convirtió a tu padre en su hombre de paja y el que operaba con los dineros de la financiera y de los bancos era el general desde la sombra.

—Sí, así ha sido. Mi padre callaba y obedecía, no lo decía pero sufría, había operaciones financieras despreciables.

—¿Como cuáles?

—Limpieza de dinero sucio.

—Comprendo. Dinero de venta de armas, drogas, prostitución, en suma, el dinero de la Mafia que es reciclado en el mercado financiero, consiguiendo además beneficios legales. Y tras ser limpiado adecuadamente, desde los bancos pasaba a las cuentas de los «capos» de la Mafia.

—Sí, de la Mafia internacional. Mi padre no es el único que está metido en esto. La financiera Tracciare fue fundada para limpiar el dinero sucio y, al mismo tiempo, manejar varios bancos desde las sombras. De este modo, los repugnantes santones seguían viviendo con aparente honorabilidad sin ser salpicados por el barro del dinero sucio.

—Ya. El general Caballeri era el hombre a quien la Mafia internacional había encargado limpiar el dinero sucio, el hombre que reciclaba el dinero ganado criminalmente. Y además de utilizar a tu padre como hombre de paja en el consejo de administración de la financiera, ¿qué más tenía contra él?

—Mi padre cometió un error en una operación y fue advertido por ello. En otra operación, apartó dinero para sí, quería recuperar las hipotecas, es decir, su libertad, pero fue descubierto y el general le dijo que sólo dependía de él que la Mafia internacional le sentenciara a muerte.

—¿Eso es lo que te contó a ti?

—Sí. Me dijo que dependía de lo que yo hiciera que mi padre fuera ejecutado o no por la Mafia. Si yo cedía a sus deseos, mi padre continuaría en su puesto y vivo, por supuesto.

—Y naturalmente, tras todos esos negocios de reciclaje del dinero sucio de la Mafia, un dinero salido de la droga, la prostitución y el *racket*, pasaba a empresas modelo, a financieras de buen nombre.

Ian comprendió el dolor de la joven que había decidido sacrificarse por salvar la vida de su padre, una vida que también estaba manchada de lodo.

—Pero la muerte llegó en forma de granada hueca y te salvó a ti.

—Sí, me salvó oportunamente, pero mi padre jamás levantará cabeza. Ahora estamos en manos de los herederos del general Caballeri, ellos serán los poseedores de todas nuestras hipotecas.

Temo que aunque a mi padre no lo maten los pistoleros de la Mafia, llegue a cometer la locura de...

—¿Suicidarse?

Maritza volvió su rostro hacia él, sus ojos estaban anegados de lágrimas.

La joven quería mucho a su padre, pero había que darle fuerzas para que se enfrentara a la realidad, por dura que ésta fuera.

CAPÍTULO XI

IAN MCLAREN estaba muy preocupado por lo que ya sabía por boca de Maritza Bianca. En realidad, había sospechado algo de ello desde el principio, por eso había llevado su investigación sobre el dinero de los bancos italianos a su libro de ensayo económico.

Sin darse cuenta, varios caminos le habían conducido a la persona del general Caballeri, al hombre que movía fabulosas cantidades de dinero en las sombras, desde su puesto de gran importancia dentro de la NATO, un cargo que le servía para darle un aspecto de gran dignidad internacional.

Ahora ya sabía qué dinero estaba moviendo el general Caballeri, el dinero sucio de la Mafia internacional, un dinero que precisaba ser limpiado para pasar con todos los honores a las empresas controladas por los verdaderos «capos» mafiosos, personajes importantes dentro del mundo de la empresa y la política, hombres muy respetados que hacían obras de caridad y subvencionaban fundaciones benéficas y culturales, hombres que hablaban melifluamente sobre el amor entre los hombres y la ayuda al prójimo e iban engordando sus arcas y sus cuentas corrientes a base de un dinero sucio de sangre, drogas, prostitución y lágrimas.

Todas sus sospechas sobre el dinero negro y el dinero sucio que se producía en Italia y otros países europeos estaban resultando ciertas. La investigación daba sus frutos.

Su libro sería mucho mejor, aunque su vida valdría muy poco si llegaba a publicar todo lo que estaba averiguando.

Tenía que convencer al conde Monte-Ragusa para que confesara lo que sabía, era la oportunidad de limpiar su conciencia; pero si el

conde firmaba aquella confesión, sería lo mismo que firmar su sentencia de muerte.

Se metió bajo la ducha y, pese a ser invierno, dejó que el agua fría cayera con fuerza sobre su rostro, sobre su espalda y pecho. Su cuerpo parecía que fuera a entumecerse, pero su sangre, como reacción contraria, semejó hervir.

El teléfono le obligó a cerrar el grifo de la ducha.

Chorreando agua fue a descolgarlo.

—¿Diga?

—¿McLaren? — preguntó una voz masculina.

—Si.

—La chica está con nosotros.

—¿La chica? — repitió, frunciendo el ceño.

—Esta noche, a las diez, un taxi parará frente a tu hotel. Si no quieres que ella pase apuros desagradables, sube al taxi y déjate llevar sin hacer preguntas.

—¿Cómo puedo estar seguro de que dices la verdad?

En aquel momento escuchó unos ruidos. Luego pudo oír la voz de Maritza, la reconoció de inmediato. Estaba excitada y muy nerviosa.

—¡Ian, no vengas, no...!

Se cortó la línea bruscamente y un pitido largo y molesto penetró en el cerebro de Ian como un taladro insoportable.

Miró la pistola que le entregara Gastón Malmaison. Había enfundado la culata en una finísima bolsa de plástico a la que hizo un agujero para meter el dedo por el gatillo. De este modo, seguían sin estar allí sus huellas. Si por salvar a Maritza se veía obligado a utilizarla, lo haría, estaba decidido. Con mucho cuidado había comprobado que la petaca estuviera llena de balas y que éstas no fueran de fogueo.

Se guardó la pistola metiéndola entre el pantalón y la camisa, pero pegada al espinazo para que no fuera tan fácil descubrirla.

El taxi arribó puntual frente al hotel.

Ian McLaren abrió la portezuela, subió y el vehículo de servicio público reanudó la marcha. Ian no dijo nada, el taxista tampoco le hizo preguntas. De lo que sí se había dado cuenta era que el chófer no era ni Stephano ni Michel.

Cuando salieron de Roma y circularon por la autopista en

dirección norte, Ian McLaren, que notaba la presión de la pistola sobre su espinazo, preguntó:

—¿Vamos muy lejos?

—Sí, un poco, tenemos algunos kilómetros que recorrer.

—¿Hasta dónde?

El taxista no respondió.

—¿Le han dado orden de no decir nada?

—Así es.

—¿Pertenece también a la Mafia?

El taxista siguió sin responder.

Si el taxista pertenecía a la Mafia o no, sería difícil de averiguar, pero lo que sí estaba claro es que hacía trabajos para los hombres de la Mafia.

Ian McLaren se lo tomó con calma. Pasó la mano por detrás de su espalda y acomodó mejor la pistola para que no le molestara demasiado en la columna vertebral.

El taxista llevaba un buen coche y sabía conducirlo.

Pasaron las horas y seguían rodando a gran velocidad hacia el norte, rasgando la noche con los faros halógenos.

Ian comprendió que iban camino de Suiza, pero faltaban pocos kilómetros para la frontera. El taxi salió por un área de servicio. Un hombre que parecía estar esperando el coche se acercó. Abrió la portezuela posterior y le pidió a Ian McLaren:

—Salga.

A la luz de la luna reconoció a aquel hombre.

—Stephano...

—Sí, volvemos a vernos. ¿Traes el pasaporte?

—Siempre lo llevo conmigo.

—Pues vamos a cruzar la frontera, y te prevengo que es mejor que no intentes nada porque si lo haces la chica lo pagará muy caro. Hasta ahora todo va bien, no lo estropees.

—De acuerdo, pero si le ocurre algo a ella no habrá negocio. Además, la policía italiana sabrá que lleváis dinero falso.

—Bien, vamos, quizás nos podamos entender, posiblemente tengas muchas cosas que decir.

El taxista se quedó en Italia después de realizado su trabajo y ellos cruzaron la frontera. Ian trató de orientarse, lo que no era fácil. Al fin se introdujeron por un camino de tierra y llegaron a una

granja.

—Debemos estar cerca de la frontera suiza, ¿verdad? — preguntó Ian McLaren.

Stephano no respondió. Detuvo el coche y ellos entraron en la granja, que no parecía abandonada porque se podían oír algunos mugidos de ganado.

En el interior de la casa unos leños ardían dentro de la chimenea, crepitaban, y las llamas se alzaban perdiéndose dentro de la cabaña de piedras.

Había poca luz; sin embargo, al volver la cabeza, Ian descubrió a Maritza y la nuez se le quedó como clavada dentro de la garganta.

De una de las vigas de madera que sostenían el techo, pendía una sogá que terminaba en un nudo corredizo y el lazo rodeaba el cuello de Maritza que se hallaba sobre una pequeña escalera de mano que podía servir para limpiar cristales altos, pintar techos o cualquier cosa semejante.

La escalera de madera era vieja y no guardaba bien el equilibrio. Maritza tenía las manos atadas a la espalda y una mordaza tapaba su boca.

—Bajadla inmediatamente — ordenó, tajante.

—No, inglés —le replicó Stephano—. Ella seguirá ahí arriba hasta que nos cuentes toda la historia que sabes. Si ella pierde el equilibrio y se cae, será una muñeca bailando al extremo de una sogá. Será una forma desagradable de morir y de ti depende que eso ocurra.

Michel se había puesto junto a la escalera y la movió malignamente con sus manos, la muchacha tuvo dificultad para guardar el equilibrio sobre ella, puesto que sus manos estaban a la espalda y bien sujetas. De no tener la boca tapada, habría podido oírse su grito de miedo.

—Si no eres razonable, yo mismo empujaré la escalera — advirtió Michel.

—Sois unos estúpidos —silabeó Ian abriéndose la chaqueta. No parecía llevar armas, pero una pistola presionaba su espalda, apretada por el cinturón que sostenía los pantalones—. Yo sólo os quería comprar los billetes falsos.

—¿Y cómo sabías tú que teníamos billetes falsos? —le preguntó Stephano.

—Tengo contactos.

—Tú eres uno de ellos, ¿verdad? —inquirió de nuevo Stephano.

—¿De ellos? ¿De quiénes?

—De los que nos pagaron. Te advierto que Sandro se puso pesado y ahora está bajo el estiércol de la porqueriza.

—¿Sandro?

—No nos digas que no sabes quién era —rezongó burlón Michel, que seguía haciendo mover la escalera mientras Maritza se veía obligada a mantener el equilibrio con dificultad. Si lo perdía, le iba la vida.

—Pues no sé de quién me habláis.

—Del dueño de esta granja. Bueno, no era el dueño, la tenía en alquiler de explotación. No nos quiso decir dónde podríamos encontrar al ruso.

—¿Al ruso?

—¿Has oído, Michel? El inglés se hace el tonto por todo. ¿Tú no sabías nada del ruso?

—Pues no.

—¿Quieres que te matemos como a Sandro? Primero a ti y luego a ella. Michel tiene gustos muy raros; una vez violó a una muerta y quizás podría repetir con tu chica.

—Supongo que el ruso es quien os pagó el dinero falso por disparar el lanzagranadas desde el coche contra el tren en que viajaba el general Caballeri, ¿verdad?

Michel y Stephano intercambiaron una mirada de inteligencia. Al fin, Stephano se volvió hacia Ian McLaren para decirle;

—Y decías que no sabías nada, ¿eh? Si lo sabes todo...

—¿Cómo pudisteis acertar con tanta precisión? —preguntó, ya abiertamente. No había mucho que ocultar y pensó que podría jugar mejor la partida si iba al grano, poniendo todas las cartas boca arriba.

—Porque llevábamos un walkie-talkie y nuestro contacto iba en el tren. Nos dijo que el «pájaro» iba en la jaula prevista. Se encendió y se apagó una luz en una de las ventanillas. Todo estaba estudiado como en una operación de esas que montan en las películas de comandos americanas —dijo Stephano.

—Disparamos el lanzagranadas y dimos en el blanco.

—Entiendo, pero el contacto iba en el tren. ¿Quién era el

contacto?

—No lo sabemos, quizás tú puedas decírnoslo. Nos interesa que nos lo digas, nos prometieron un dinero y no nos ha gustado nada que nos paguen con dinero falso.

—Yo no soy uno de ellos y me gustaría saber quiénes son ellos, quién es el ruso.

—Un tipo de la KGB, seguro —gruñó Michel—. Esos son unos hijos de perra que siempre pagan con billetes falsos. Si hubieran sido de los nuestros, habrían pagado en liras pero con billetes buenos.

—Os referís a los de la Mafia, ¿verdad? —preguntó Ian muy tranquilo. No sabía cuánto tiempo llevaba Maritza guardando el equilibrio sobre la escalera y tampoco cuánto tiempo más resistiría.

De pronto, inesperadamente para todos, apareció un hombre por la escalera que subía a las habitaciones. Debía haberse movido tan sigilosamente como un felino. Entre sus manos llevaba un subfusil «Uzi» que comenzó a tronar furiosamente.

Lo más fácil, lo instintivo, hubiera sido lanzarse al suelo, pero Ian McLaren no lo hizo. Vio los fogonazos brotando por el cañón del arma y a Stephano y a Michel retorciéndose de dolor mientras sus cuerpos se llenaban de balas.

Al caer, Michel empujó la escalera, derribándola, y aquello significaba el ahorcamiento de Maritza, que tuvo que tragarse el grito de desesperación porque tenía la boca amordazada.

Ian McLaren saltó hacia ella, cogiéndola antes de que la sogla se tensara cerrando el lazo alrededor de su cuello. La apretó contra sí, sosteniéndola, y con la mano izquierda le quitó la mortífera cuerda.

La hizo deslizarse por su cuerpo y le quitó la mordaza. Los ojos de Maritza miraban por encima del hombro de Ian McLaren, tras el inglés estaba el hombre de la metralleta. Ian también se volvió reconociéndole. Aquel individuo no tenía uña en el dedo meñique de la mano izquierda, parecía haber sufrido la amputación de la última falange, pues el dedo era más corto de lo normal.

—Gastón Malmaison, volvemos a vernos.

—Creo que he llegado a tiempo.

—Sí, ella podía haber muerto —suspiró Ian.

—Ahora ya sabemos que los hombres del atentado fueron los de la KGB, es decir, quienes pagaron y los verdugos fueron estos dos

miserables pistoleros a sueldo previamente entrenados.

—Sí, eso parece —admitió Ian.

—Lo he oído desde arriba. Ha dicho que fueron ellos los que dispararon y que los de la KGB pagaron con billetes falsos —recordó Gastón Malmaison.

—Eso parece; sólo podían engañar a un par de imbéciles. Menos mal que ha llegado usted a tiempo —dijo Ian mientras desataba las manos de Maritza.

—Pero tendré que marcharme —dijo Gastón Malmaison—. No es bueno que la policía suiza me encuentre aquí.

—¿Y a nosotros? —preguntó Maritza.

—El profesor McLaren podrá dar muchas explicaciones y nadie le va a acusar de nada, la «agencia» está detrás de todo esto. Ha hecho usted un buen trabajo, McLaren, su libro será publicado en todo el mundo tal como le prometimos y no estaría de más que en él incluyera el relato de todo esto, de esta forma lo convertiría en un auténtico best-seller mundial, tendría más garra. Explicaría cómo murió el vicecomandante adjunto de la NATO a manos de unos pistoleros mafiosos pagados por la KGB.

—Sí, y también podría explicar cómo mató a esos pistoleros un hombre de la «agencia», y dígame, ¿de qué «agencia»?

—Eso, lo siento, pero no le autorizamos a contarlo. Después de todo, estamos en Suiza y no es nuestra jurisdicción.

—Tampoco la mía —admitió Ian.

Con un rápido movimiento que consiguió sorprender a Gastón Malmaison, se hizo con la pistola que llevaba pegada a su espalda, a la altura de la cintura, y le apuntó con ella,

—¿Se ha vuelto loco?

—No, no me he vuelto loco, Gastón, Giorgio, ¿y acaso también es «el ruso»? Admito que es usted un magnífico actor, pero he llegado a reconocerle. Usted fue uno de los hombres que me pidió la documentación en el tren la noche del sabotaje. Admito que es un buen actor, pero no me ha engañado del todo. Soy novato en todos estos asuntos, pero no tonto. Usted se ha hecho pasar por varios hombres a la vez y tendrá que explicarme por qué lo ha hecho.

—Usted me apunta con una pistola y yo con una metralleta. ¿Quién cree que va a salir vencedor en este desafío? Le advierto que cuando apriete el gatillo, la metralleta se volverá loca y a Maritza

Bianca también la llenaré de plomo.

—Es verdad —corroboró la joven—. Es uno de los guardaespaldas del general.

—Giorgio o como te llames realmente, habéis montado toda una historia para cargarle el sabotaje del tren y la muerte del general a los rusos y resulta que me utilizabais a mi para que yo propagara esta noticia por todo el mundo. Un profesor escritor daría la campanada descubriendo a los terroristas, por eso me escogisteis. Lo planeasteis todo muy bien, sería fácil encontrarlos si además me ayudabais tanto que hasta me dabais identificaciones completas. Luego, al final, había que matarlos. Eso sí, después de que hubieran dicho que un ruso les había pagado y con billetes falsos. Una historia muy complicada que había de servir para ocultar la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó el hombre de la metralleta sonriendo sarcástico mientras los mantenía encañonados con su mortífera arma.

—Pues que el general Caballeri no murió en el tren.

Ante aquella revelación de Ian, Giorgio se le heló la sonrisa en la cara.

—¿Cómo dice? —preguntó Maritza, también sorprendida.

—No, no murió en el tren. Supongo que buscaron a una víctima propicia, a un tipo que pusieron en el lugar que debía ocupar el general, que tendría la misma estatura y se le habría hecho una corrección dental para que su dentadura fuera igual que la del general, también si tenía algún hueso roto, todo muy bien preparado.

Gaston-Giorgio preguntó con aire suficiente:

—¿Y por qué motivo tendría que hacer el general Caballeri todo este montaje?

—Imagino que cometió la debilidad de trasvasar el dinero de la Mafia que se le confiaba a una cuenta particular que él tenía en alguna parte del mundo, utilizando al padre de Maritza para ello. La Mafia debió descubrirlo y antes de que le enviaran al verdugo, el general montó el teatro de su propia muerte por sabotaje culpando a terroristas profesionales pagados con el dinero de Moscú. De este modo, él escaparía a un ajuste de cuentas mafioso.

—Ha aprendido demasiado pronto, profesor; es una pena que ahora tenga que morir. Yo pensaba dejarle vivir para que divulgara

la noticia de la muerte de los terroristas.

—Sí, para eso me seleccionaron, pero ya les he dicho que novato sí, pero tonto no. Por cierto, he oído el chasquido de la metralleta al terminarse las balas del cargador. Cuando uno dispara con una metralleta de esa clase, se emborracha pronto con el tableteo y es imposible saber cuántas balas ha disparado. Yo ya sé que no le queda ninguna, de modo que es mejor que tire el arma y se entregue. Todo ha terminado.

Giorgio apretó el gatillo, mas la metralleta no respondió y McLaren seguía apuntándole con la pistola.

—¡Maldito seas! — rugió Giorgio. Arrojó la metralleta «Uzi» contra Ian, desafiándole—: ¡No te atreverás a dispararme!

Giorgio echó a correr hacia la puerta, Ian disparó y el plomo que salió de la pistola le partió la rodilla derecha haciéndole caer de bruces.

—Lo siento, me has obligado.

Se acercó a él y le registró, sacándole una navaja automática, pero no llevaba pistola consigo.

—El general no te va a perdonar que se lo hayas estropeado todo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —gruñó Giorgio, con el rostro crispado por el dolor.

—Llamar a la policía suiza y contarlo todo.

Maritza se acercó a Ian. Le cogió por el brazo y con los ojos húmedos por las lágrimas le pidió:

—¿Me dejas que antes telefonee a mi padre?

—Claro que sí, amor, pero no creo que tenga ganas de huir, me pareció muy cansado.

EPILOGO

MARITZA BIANCA vestía de blanco y malva. Trataba de sonreír pero le era difícil. Su expresión era muy triste.

El avión aguardaba a que los pasajeros se acomodaran en las butacas.

Ian McLaren llegó corriendo junto a ella; tras él corrían también varios fotógrafos de prensa.

—¡Vamos al avión! Si sigo hablando, no tendré material para mi libro.

Subieron al avión y se sentaron juntos, uno al lado del otro. Ian le cogió la mano como tratando de confortarla.

—No les he dicho nada sobre la muerte de tu padre.

—Gracias.

—Nadie podía sospechar que el general se escondiera en casa de tu padre y que al telefonearle tú, él tomara la decisión de terminar con todo.

—Mi padre jamás había disparado contra nadie.

—Sí, pero lo hizo contra el general. Según la carta que dejó escrita, no lo asesinó sino que le ejecutó. El general Caballeri lo sometió a él a todo lo que quiso porque le sabía débil, pero tu padre, en el último instante, se hizo fuerte. Confesó lo que había hecho, ajustició al general y luego, desgraciadamente, se pegó un tiro en la sien.

—No quiero recordarlo, Ian, no quiero recordarlo. Todo ha pasado ya y ha sido como la peor de las pesadillas.

—Haremos una escala en los Estados Unidos y luego marcharemos a una isla del Pacífico para olvidar. Ya tengo todo el

material que necesito para escribir mi libro. Además de mi esposa, ¿querrás ser mi secretaria?

—Abróchense los cinturones, por favor —iba diciendo la azafata por el pasillo.

Al observar que la pareja se estaba besando, prefirió no molestarles. Ellos ya estaban volando.

F I N



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España